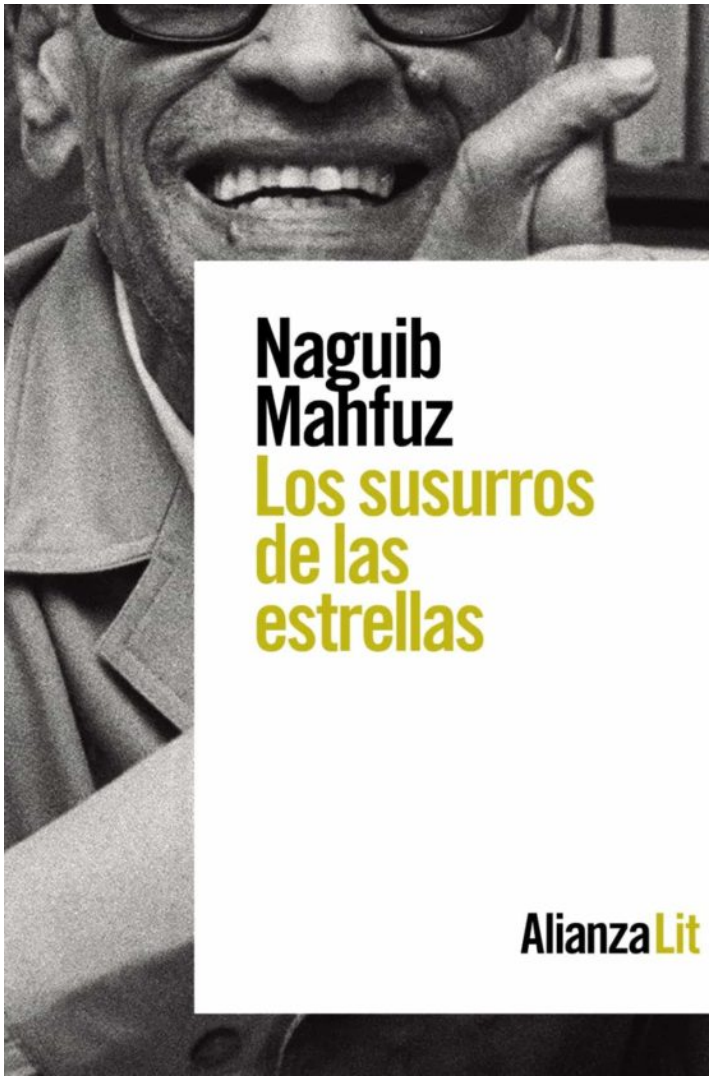

Naguib Mahfuz

Los susurros de las estrellas

Alianza Lit

Naguib Mahfuz

Los susurros de las estrellas

Traducido del árabe
por Ignacio Gutiérrez de Terán

Alianza editorial

Índice

Introducción de Roger Allen

Los susurros de las estrellas

Tawhida
Hostigamiento
El hijo del barrio
La flecha
La profecía de Namla
El fin del señor Saqr
El gafe
La vida es una apuesta
La plegaria del *sheij* Qaf
Nuestro padre Igwa
Los susurros de las estrellas
El secreto de las últimas horas de la noche
Shayjún
El horno
El grito
Las suertes de la vida
Nabqa en la fortaleza vieja
La tormenta

Discurso de Naguib Mahfuz con motivo de la entrega del Premio Nobel de Literatura, 1988

Créditos

Introducción

Roger Allen (Traductor al inglés)

El descubrimiento de un borrador con dieciocho relatos breves inéditos de un Premio Nobel de literatura constituye, por fuerza, un acontecimiento relevante. Con mayor motivo en el caso concreto del egipcio Naguib Mahfuz, galardonado en 1988, debido a su posición central en el desarrollo de la ficción moderna en lengua árabe y su protagonismo en la vida social y política del Egipto contemporáneo a través de sus artículos periodísticos y obras de narrativa.

Otro motivo para justificar el interés de esta colección radica en el cúmulo de peculiares circunstancias que jalonaron el hallazgo, casi doce años después de la muerte del autor. Parece que el periodista egipcio Mohamed Shoair (a quien tuve la oportunidad de conocer en El Cairo en 1990 y con quien he mantenido contacto reciente) estaba preparando un ensayo sobre el trabajo más polémico de Mahfuz, la novela *Awlad haratna (Hijos de nuestro barrio),* publicada en 1959 en forma de entregas por el diario cairota *al-Ahram*[1]. Shoair había contactado con la hija de Mahfuz, Umm Kulthum, con el objeto de recabar información para su investigación; y, según él mismo nos cuenta, halló el manuscrito en el cajón de un escritorio con una nota que rezaba «a publicar en 1994». Ese año en particular resultó ser trascendental para el escritor: el 13 de octubre, sexto aniversario del anuncio por parte de la Academia Sueca de que se le concedía el galardón, sufrió un atentado —una cuchillada en el cuello— cerca de su apartamento en al-Doqqi, un barrio residencial de El Cairo. El intento de asesinato venía precedido de una fetua (dictamen basado en la jurisprudencia islámica), emitida por el ulema islamista radical Omar Abdel Rahmán, apodado el «*jeque* ciego». Este, líder del grupo armado *Yemaa Islamiya*, había condenado a Mahfuz a muerte por negarse a censurar los

Versos satánicos de Salman Rushdie como obra herética y, de paso, por el contenido de la referida *Awlad haratna*. Este suceso traumático afectó profundamente a Mahfuz, más allá de que la agresión le dejara inhábil el nervio del cuello que regía el movimiento de la mano con la que escribía. Por lo tanto, la mención de esta fecha en concreto, 1994, ha de suscitar una serie de cuestiones sobre el contexto de estas dieciocho historias y su proceso de redacción. No obstante, antes de examinar el contenido y la temática de estos relatos, me gustaría detenerme en las narraciones de Mahfuz que podrían considerarse antecedentes directos de aquellos, al objeto de insertarlas en el marco general de la amplia producción del escritor egipcio.

Las obras completas de Naguib Mahfuz se publicaron de forma periódica a lo largo de los últimos sesenta años de su carrera, casi siempre a cargo de la editorial Maktabat Misr, gestionada por un viejo amigo y socio suyo, Abd al-Hamid Jawdat al-Sahhar, novelista él mismo. Recientemente, La Universidad Americana de El Cairo las ha traducido al inglés[2]. Sin embargo, en tiempos asimismo recientes, algunos investigadores han seguido el rastro de colecciones publicadas en su momento de manera subrepticia o semiclandestina, al tiempo que han logrado recuperar manuscritos que permanecían inéditos. El propio Mahfuz admitió en alguna ocasión que nunca había sentido una excesiva preocupación por el destino (y preservación) de los textos originales de sus obras de ficción. La anécdota siguiente resulta elocuente: según cuenta él mismo, un día de 1952 llevó el legajo de mil quinientas hojas de su famosa novela sobre El Cairo, que luego se convertiría en trilogía[3], al despacho del referido al-Sahhar. Había estado trabajando cinco años en ella. Aquello fue en abril, meses antes de la Revolución de los Oficiales Libres que llevó, en julio, a Gamal Abdel Naser al poder. El editor objetó, no sin razón, que se trataba de un tamaño excesivo. Mahfuz abandonó la editorial sin llevarse el texto, del que no tenía copia. Afortunadamente para la literatura mundial, al-Sahhar lo guardó en su escritorio y, pasados los años, se decidió a publicarlo en tres volúmenes, entre 1956 y 1957.

Puede que el hallazgo de estos dieciocho relatos inéditos no constituya un hecho sin precedentes, pues sabemos de otros manuscritos de los que nadie tenía constancia que han acabado viendo la luz tras la muerte de Mahfuz; ahora bien, como hemos señalado antes, nos puede ayudar, entre otras cosas, a reconstruir el proceso de selección de las historias que habrían de componer su primera colección de relatos, *Hams al-Yunun* («Los susurros de la locura»), en 1938[4].

¿En qué contexto histórico y temático pueden situarse estos relatos? Tras leerlos, y traducirlos al inglés, me resulta evidente que el protagonismo absoluto recae, en todos ellos, sobre la figura de *al-hara,* el barrio. Las primeras publicaciones de Mahfuz, que se remontan a la tercera década del siglo pasado, fueron ensayos filosóficos, en los cuales reflejó sus intereses académicos de aquel tiempo, y relatos breves. Sus tres primeras novelas, publicadas entre 1939 y 1942, ilustran su inveterado interés en el Egipto antiguo, estimulado por las visitas semanales al Museo Egipcio en compañía de su madre, de la cual fue el hijo menor durante más de diez años[5]. Sin embargo, los cambios políticos que se sucedieron en el país a lo largo de los años treinta y cuarenta terminaron llevándolo por una senda bien distinta, influido, además, por sus lecturas de las obras de ficción europeas. Entre ellas, sabemos que tuvieron gran importancia las que se desglosan en el apéndice de *The Outline of Literature*, 1923-1924, de John Drinkwater. En los cuarenta, precisamente, inauguró la serie de novelas que más nos interesan aquí, centradas en el acontecer diario en los barrios populares de El Cairo. Dos en concreto, *Jan al-Jalili* (1945) y *Zuqaq al-Midaqq* (1947), se desarrollan, como el nombre indica, en lugares emblemáticos de la parte vieja de la ciudad[6]. Tras el Nobel de 1988, Mahfuz participó en un documental, junto con su buen amigo el novelista Gamal al-Ghitani, en el cual regresaba a las calles que tantas veces recorriera de niño. Su palpable querencia por aquellos lugares, con sus coloridas historias, atmósfera única y personajes peculiares, como los *futuwwat* o matones callejeros, aparece de forma insistente en tales escritos. Ahora bien, el interés mostrado, hasta la Trilogía de El Cairo, en mostrar en detalle la

realidad cotidiana de aquellos barrios populares, violenta y áspera la mayor parte de las veces, sufre una notable transformación en el periodo consecuente a la Revolución de 1952. Tras unos años de inactividad narrativa, silencio que resulta de por sí significativo, la publicación de *Hijos de nuestro barrio*[7] en 1959 consagra un nuevo modo de narrar y describir el cosmos de *al-hara*.

Hemos apuntado con anterioridad que la novela apareció en forma de entregas semanales en el periódico cairota *al-Ahram,* a partir de septiembre de aquel año. Si tomamos en consideración el éxito fulgurante que los tres volúmenes de la Trilogía de El Cairo habían cosechado solo dos años antes, no debería sorprender que nadie se tomase la molestia de anunciar el acontecimiento a bombo y platillo. Bastó con que se pusiera en primera plana el título del libro y el nombre del autor: Naguib Mahfuz. Los lectores no tardaron en percatarse, leyendo entre líneas, entrega tras entrega, de que los sucesos y personajes de este *hara* en particular encerraban una notable carga simbólica. La figura del protagonista, Adán, por ejemplo, pasa por una serie de vicisitudes que recuerdan a las del Adán bíblico, incluida la expulsión del barrio/paraíso. El *hara* al que se alude en el título, descrito por el narrador a partir de los relatos de bardos y cronistas tradicionales, se convierte en el hábitat natural de generaciones de moradores que, según la época, se ven dirigidos por líderes religiosos que remiten, a su vez, a grandes profetas (Moisés, Jesús y Mahoma). Las revelaciones proféticas y el paso de una religión a otra se entreveran de esta guisa con los actos violentos de los matones del barrio y la omnipresencia de la «casa de Gabalawi», un lugar misterioso situado en los contornos del vecindario desde el cual su dueño, Gabalawi, había decretado la expulsión de Adán.

Las resonancias simbólicas de este serial novelado tampoco pasaron desapercibidas para *al-Azhar*, la principal institución religiosa y docente del islam sunní, situada en el barrio fatimí de El Cairo. Sus ulemas reclamaron con denuedo su confiscación; sin embargo, el director de *al-Ahram*, Muhammad Hasanayn Haykal, se negó a dejar de publicarlas. En todo caso,

cuando las entregas se completaron —todavía pueden consultarse los ejemplares originales en el archivo del periódico—, Mahfuz llegó a un acuerdo con las autoridades de *al-Azhar,* el cual estipulaba que no se imprimirían en forma de libro en vida del autor. No obstante, en 1967, *Awlad haratna* apareció editado en Beirut, sin conocimiento ni mucho menos permiso previo del escritor.

Traigo a colación tales detalles con el propósito de ilustrar que la institución de *al-hara,* en su vertiente más simbólica, se habría de convertir en un recurso frecuente en los escritos que Mahfuz publicaría a partir de *Hijos de nuestro barrio*. Estos dieciocho cuentos, me permitiría añadir, así lo certifican. Ya en los setenta, después de una década en la cual había generado una cantidad asombrosa de novelas y colecciones de relatos breves, caracterizados por un estilo más parco y alusivo, Mahfuz regresó a *al-hara* como habitáculo natural de sus historias. Mientras que *Hikayat haratna* (*Historias de nuestro barrio,* 1975)[8], por ejemplo, con sus setenta y ocho historias insertas en El Cairo de los años veinte y su preocupación por las vidas de sus habitantes en un periodo de cambios profundos, constituye un claro precedente del contexto espacial de los relatos que aquí nos ocupan, es su autobiografía novelada, *Asda al-sira al-dhatiyya* (1994)[9], el antecedente más inmediato, por una serie de motivos, de nuestra colección. Este recuento de memorias, lo mismo que *Awlad haratna,* vio la luz por entregas en *al-Ahram*. 211 historias cortas incluidas en la edición del viernes del periódico, entre febrero y abril de 1994. La fecha de aparición de estas entregas, de gran extensión, en un momento que se reveló crucial para Mahfuz, pocos meses antes de sufrir el vil acuchillamiento, junto con el hecho de que nuestras dieciocho historias aparecieran con una instrucción que señalaba «a publicar en 1994», conceden una significación especial a la aparente yuxtaposición temporal de ambas colecciones. Lo mismo cabría decir sobre las cuestiones que he suscitado con antelación respecto a la cronología y el objeto genérico de la presente colección.

Señalemos, de manera concisa, que *Ecos de Egipto. Pasajes de una vida* se compone de una abundante panoplia de relatos

breves, los cuales, a su vez, podrían dividirse en dos bloques. En el primero, un narrador rememora sucesos destacados de su vida y cómo eran sus relaciones con vecinos y allegados. En el segundo, a partir del texto número 112, se presenta al lector la figura del jeque Abd Rabbih al-Ta'ih («El errabundo siervo de Dios»), un personaje que dispensa con profusión homilías repletas de sentencias y aforismos diversos. Por ejemplo: «La única cosa más estúpida que un creyente estúpido es un infiel estúpido» o «La gente más poderosa es la que perdona».

En estos dieciocho textos traducidos del original árabe nos encontramos, de nuevo, con relatos, muy breves en algún caso, cada uno con su título y siempre con *al-hara* como entorno natural de todos ellos. Pero, además, al igual que en obras precedentes que acabamos de reseñar, este lugar marco adquiere una función de mayor amplitud y simbolismo como muestra de la naturaleza y la tipología de un cosmos humano, con sus fobias, conflictos, relaciones, triunfos y derrotas. Dos personajes clave desempeñan cometidos variables en todas o la mayor parte de las historias. El primero, que aparece e interviene en todas ellas salvo en una, «Tawhida», es *sheij al-hara,* que hemos traducido como «jefe o responsable del barrio»; el segundo, que actúa como confidente y consejero de este, es el imán de la *zawiyya,* una combinación de mezquita, escuela coránica y fuente para las abluciones —que nosotros hemos vertido con el término genérico de «mezquita»—. Ambos, en su condición de «personajes de autoridad», se ven concernidos con frecuencia por las acciones emprendidas por los vecinos del barrio, tanto de quienes residen en él como de aquellos que retornan tras una prolongada ausencia. Además del barrio en su conjunto y la mezquita como emplazamiento estratégico, hay un lugar que se convierte en escenario o referencia de numerosas historias: el *qabw* («sótano o galería subterránea»), situado en la proximidad de *al-husn al-qadim* o fortaleza vieja. Tanto residentes como visitantes mantienen, según los casos, encuentros con seres incorpóreos o fuerzas desconocidas; o, cuando menos, hablan con profusión de ellos. Esto corrobora la vigencia de otro de los grandes temas de Mahfuz, a saber, el sufismo, y más concretamente la dualidad

al-záhir / al-bátin, lo que es «evidente» y se ofrece a la vista frente a lo «oculto» porque no se percibe a simple vista. En determinados relatos, aquellos que mantienen encuentros con espíritus sobrenaturales en la galería subterránea salen de allí con la percepción alterada y una actitud que conduce a un enfrentamiento directo con las dos autoridades principales de la barriada. En definitiva, estas narraciones, como tantas a las que hemos hecho referencia, confirman la querencia constante y progresiva por parte de nuestro autor por convertir una comunidad y un lugar de dimensiones reducidas en un elemento simbólico desde el que trascender a cuestiones de resonancia universal.

Al hilo de las técnicas narrativas de Mahfuz, hice alusión a su progresiva tendencia, según pasaban los años, a condensar la expresión y hacerla más alusiva. Puede apreciarse esta opción con mayor nitidez en las obras fechadas en los noventa, incluida esta colección. Mahfuz era plenamente consciente de los cambios que estaba llevando a cabo. En una conversación telefónica que mantuvimos en 1971, recabó mi atención hacia un nuevo modo de escribir, tal y como lo denominó, que ya estaba aplicando a sus series de viñetas, *al-Maraya* (1972)[10]. Al contrario de lo que sucedía en las «novelas de barrio» fechadas en la década de los cuarenta, en estas dieciocho piezas apenas si se describe el entorno, de tal manera que sería muy complicado hacer un mapa o dibujo de él. El lector se ve emplazado de forma inmediata ante el objeto central de la narración, sin los prolegómenos ni las convenciones estilísticas y descriptivas, si acaso las mínimas, que suelen regir este tipo de composiciones literarias. Los diálogos, donde abundan los enfrentamientos dialécticos y los desafíos a las normas tradicionales, resultan contundentes y enérgicos, ya que los moradores del barrio se ven obligados a lidiar con situaciones desconocidas y buscar soluciones a problemas familiares y sociales que el destino y las dinámicas de fuerzas sobrenaturales han arrojado en su camino.

He tenido la oportunidad de traducir cinco de las novelas y colecciones de relatos breves de Mahfuz, todos ellos anteriores a 1970. Verter el estilo y la estructura de una de las últimas

producciones del autor, los dieciocho cuentos que aquí presentamos, se me antoja un reto enormemente gozoso. Las decisiones que he tenido que tomar en el proceso de traducción me han llevado a la conclusión de que este manuscrito de reciente hallazgo constituye el reflejo sublime de sus últimas tendencias creativas, entre las cuales la función simbólica de *al-hara* adquiere un protagonismo de mayor calado que el que podemos apreciar en etapas anteriores de su dilatada singladura artística. Al cabo, nos quedamos con una pregunta que sigue sin respuesta y, probablemente, nunca la tendrá: puesto que estas dieciocho historias muestran una indudable unidad de lugar, propósito y estilo, ¿conforman una obra completa y cerrada o deberían inscribirse en un proyecto más amplio que quedó sin acabar? Lo único cierto es que nos hallamos ante un misterio que, hoy por hoy, no sabemos desvelar. Mientras llegamos a alguna conclusión al respecto, sintámonos cierta y enormemente agradecidos por este inesperado regalo.

---

1 Primera versión española aparecida en Ediciones Martínez Roca, Barcelona, *Hijos de nuestro barrio,* 1990. Traducción del árabe a cargo de D. G. Villaescusa *et al*.

2 Buena parte de su producción narrativa ha sido traducida al español, sin que exista un catálogo de obras completas —alguna editorial sí abrió una colección particular, La biblioteca de Naguib Mahfuz (Planeta), pero con un número reducido de títulos—. Su legado comprende más de cuarenta novelas, un centenar de colecciones de relatos y numerosos ensayos y guiones para cine y televisión, junto con sus artículos de opinión en la prensa egipcia.

3 La Trilogía de El Cairo se compone de las siguientes novelas: *Entre dos palacios* (Barcelona, Alcor, 1989, traducción del árabe de Eugenia Gálvez Vázquez, Rodolfo Gil Grimau, María Dolores López Enamorado, Rafael Monclova Fernández y Clara María Thomas de Antonio), *El palacio del deseo* (Barcelona, Alcor, 1990, traducción de Eugenia Gálvez Vázquez, Rodolfo Gil Grimau, María Dolores López Enamorado, Rafael Monclova Fernández y Clara María Thomas de Antonio) y *La azucarera* (Barcelona, Alcor, 1990, traducido del árabe por de Eugenia Gálvez Vázquez, Rodolfo Gil Grimau, María Dolores López Enamorado, Rafael Monclova Fernández y Clara María Thomas de Antonio).

4 El cuento que da título a la colección está en español dentro de la antología *Siete cuentistas egipcios contemporáneos,* seleccionados y traducidos por Pedro Martínez Montávez, Madrid, Instituto Egipcio de Estudios Islámicos, 1964.

5 Mahfuz escribió varias novelas ambientadas en el Egipto faraónico. Entre las traducidas directamente del árabe, resaltemos: *Rhadopis, una cortesana del Alto Egipto*, Barcelona, Edhasa, 1994, trad. de María Luisa Prieto y Muhammad al-Madhkuri; *La batalla de Tebas: Egipto contra los hicsos*, Barcelona, Edhasa, 1995, trad. de María Luisa Prieto y Muhammad al-Madhkuri; *La maldición de Ra: Keops y la gran pirámide*, Barcelona, Edhasa, 1996, trad. de Ángel Mestres Valero; *Akhenatón,* Barcelona, Edhasa*,* 1996, trad. de Ángel Mestres Valero.

6 *Jan al-Jalili*, Madrid, Alianza Editorial, 2001, traducción de Belén Campo García; *El callejón de los milagros*, Barcelona, Círculo de Lectores, 1989, traducción de Elena Valentí.

7 *Hijos de nuestro barrio*, Barcelona, Alcor, 1990, traducción del árabe de Eugenia Gálvez Vázquez, Rodolfo Gil Grimau, María Dolores López Enamorado, Rafael Monclova Fernández y Clara María Thomas de Antonio.

8 *Historias de nuestro barrio*, Madrid, Libertarias Prodhufi, 1989, traducción de María Rosa de Madariaga Álvarez-Prida.

9 *Ecos de Egipto. Pasajes de una vida*, Barcelona, Ediciones Martínez Roca, 1997, traducción de María Luisa Prieto.

10 *Espejos*, Madrid, Cátedra, 1999, traducción del árabe de María Luisa Prieto.

Los susurros de las estrellas

Tawhida

La casa blanca estaba situada dos edificios antes del sótano o galería subterránea según venías de la plaza, por el lado de la derecha. La llamaban así por el color de la piel de sus inquilinos. Y tú, Tawhida, eras la joya de la corona en aquella casa blanca. ¡Loado sea quien te creó y te dio figura tan perfecta! Tenías una belleza arrebatadora que jamás hube de ver en nadie más, por mucho que su ensoñación sea hoy más intensa en mi imaginación que nítido su recuerdo en la memoria. Por lo general, solo veíamos a los moradores de la casa blanca de lejos, salvo a Tawhida, que, para nuestra fortuna, acabó uniéndose a nuestra familia por mor del matrimonio. Así pudimos conocerla de cerca y apreciar sus múltiples virtudes. A pesar de mi corta edad, me sentía embriagado cuando contemplaba su piel sonrosada y la negrura de su pelo; o cuando escuchaba la melodía de su voz, que nosotros tratábamos de remedar henchidos y ufanos. Al principio, la recibimos con mucha precaución y cuidado, pero las puertas pronto quedaron abiertas de par en par; y, de este modo, donde antes imperaba la reticencia se impuso una confiada familiaridad. Era la sencillez personificada, sin imposturas ni afectaciones, sensible, amable y maternal. Nunca pudimos olvidar la mañana en que el automóvil de la escuela de enseñanza europea apareció por primera vez para llevarla regularmente al trabajo. Entonces, la gente del barrio dijo que la chica se había «occidentalizado». Occidentalizarse, para aquellos, significaba hacer algo nuevo, inquietante e, incluso, peligroso; algo que, sin embargo, podía significar también un motivo de orgullo. Y era esa persona tan digna de admiración la que se había venido a vivir con nosotros, con sus interjecciones en francés e italiano, y sus vestidos a la última moda, ora declamando las máximas de Descartes y los versos de Baudelaire, ora tocando al piano una pieza de Beethoven, con partitura y todo. No nos molestaba ni asustaba que hiciera todas esas cosas tan extrañas, porque era tan suma y

embriagadoramente hermosa y alegre como entretenida y cautivadora a la hora de contarnos anécdotas graciosas. Además, también sabía hacer, y muy bien, las cosas de las que nosotros estábamos prendados. Como escuchar a Munira al-Mahdiya, Sáleh Abdel Hayy y Sayyid Darwish. Tan pronto se arrancaba con el «Claro de luna» como nos cantaba «Ha salido el más hermoso de los soles», de Sayyid Darwish, o recitaba los poemas de Shawqi y Háfez. Y, por si fuera poco, no se saltaba un solo rezo diario ni el ayuno de Ramadán; y todos los días escuchaba el recitado de las aleyas coránicas, en boca de Ali Mahmud o Ahmad Nada. Pero lo más asombroso venía cuando le enseñaba la palma de la mano a Umm Raqiya y le pedía: «Cuéntame, qué nos tiene reservado el futuro».

Ni Beethoven ni Descartes ni Baudelaire habían podido extirpar de lo más recóndito de su espíritu los mandamientos de nuestro viejo testamento, todos aquellos ritos y costumbres tan preciosos para las gentes de nuestro barrio. Por eso seguía creyendo en los inciensos, las adivinas y la presencia de genios y demonios en la fortaleza vieja que se alzaba a los pies de la galería subterránea.

El tiempo dispersó las ramas del árbol familiar por diversos lugares, cada una según su conveniencia. A ella le tocó desplazarse al barrio de Zamalek, en la parte nueva de El Cairo. Luego partió al extranjero, donde permaneció una temporada, al cabo de la cual regresó a su domicilio. Primero fue madre, luego abuela… No volví a verla durante todos aquellos años. Sin embargo, su recuerdo quedó siempre prendido en mi memoria, entre los efluvios de su hermosa y grácil juventud y la fascinación que emanaba de todo cuanto hacía y decía.

Cierto día estaba yo sentado en la acera de *La Corniche* de Alejandría, junto a un hotel, oteando el Mediterráneo, cuando un automóvil se paró justo delante de mí. Una anciana me saludaba con la mano. Iba sentada junto al conductor. No la reconocí. Cómo podía hacerlo: aquel rostro se parecía al de cualquier anciana que hubiera visto antes. Piel arrugada y chupada, pálida, ajada, estriada. Además, llevaba unas gafas de sol que le cubrían buena parte del rostro. Reparó en mi

desconcierto y trató de ayudarme.

—¿Es que no sabes quién soy?

En cuanto escuché aquella voz melodiosa, el pasado estalló con toda su vigencia, como un frasco de perfume hecho añicos. Salí disparado hacia ella, atropellado por el rubor de la nostalgia. Intercambiamos saludos y muestras de cordialidad mientras yo me sumergía en ensoñaciones que se remontaban a tiempos remotos. Ella se rio.

—Si no me reconoces, ¡la culpa no es mía!

Hostigamiento

Zakiya regresó al barrio tras una ausencia de un año. Con una criatura en sus brazos. Nadie la sintió marcharse y tampoco la sintieron llegar esta vez. Seguía siendo delgada y pálida, si acaso un poco más pálida y más delgada, pero la hermosura de antaño que tanto le afinaba el rostro se había ajado y ya solo comparecían los vestigios de una juventud prematuramente extinta. Paseó la mirada por las tres casas en las que estuvo trabajando de criada tras la muerte de su madre, Sakina, la lavandera. Sus ojos se posaron en la última de ellas, al costado del sótano, la del señor Osmán, el vendedor de bastones y paraguas. Era demasiado pobre como para andar perdiendo el tiempo, así que, sin más dilación, decidió ponerse a vender, aun desprovista de licencia, golosinas por las calles, dulces de gelatina, fideos de colores y virutas de caramelo. En una mano llevaba el cesto, a rebosar de cucuruchos con chucherías y, en la otra, el niño de pecho. Pregonaba su mercancía con voz tronante, yendo de un sitio para otro y plantándose las más de las veces ante la puerta del señor Osmán, en un lugar visible para que él no pudiera obviar ni su presencia ni sus reclamos. Así hasta que un buen día, aprovechando que no había nadie más en la calle, el hombre le hizo una seña para que se acercase adonde estaba. Se escrutaron: la mirada de ella era firme y vigorosa; la de él, esquiva.

—¿Cómo te va, Zakiya? —le preguntó.

—Ya nos ve —repuso con aspereza—; y a Dios gracias.

—¿Necesitas algo?

—Dios proveerá… Pero este niño tiene derecho a reclamar lo que es suyo por ley divina. —Había osadía en su voz.

—Eso es mucho hablar; y, además, a mí no me dice nada. Abrevia: qué te hace falta.

—Ya le he dicho lo que quería decirle, ni más ni menos. Y es a usted a quien se le dice todo —le cortó ella tajante.

—¡Pues no, no entiendo nada! —gritó irritado—. ¡Aléjate de mí! Esto me pasa por intentar ayudar a quien no se lo

merece. —Y volvió a desaparecer en el interior del comercio, temblando de enojo.

La mujer siguió vendiendo sus golosinas alrededor de la tienda. Nunca se alejaba demasiado de esta; ni tampoco de sus propósitos. Un día sí y otro también, con paciencia e imperturbable tesón, se la veía en los alrededores. El hombre, por el contrario, era presa de una angustiosa turbación y constantes temblores; y, por las noches, lo asolaban pesadillas regadas de sangre. Al fin, cuando el agotamiento le enseñoreaba el rostro, se dijo: «Ay, no puedo ni concentrarme en mi trabajo». Le estaba amargando la vida, en la tienda, en la calle y en la casa. Ya no solo era él; sobre su estabilidad familiar se cernía, también, una amenaza intangible.

Un día que volvía a su casa le susurró al oído: «Como sigas haciéndome daño no van a encontrar tu cadáver». Pero ella no tuvo miedo. Ni siquiera dio un paso atrás. Se puso a juguetear con el niño.

El señor Osmán no podía aguantar más. La vida misma se le hacía insoportable, con esa chica paseándose a todas horas delante de la tienda, siempre con el niño ese en brazos. Decidió ir a hablar con su amigo el *sheij al-hara,* la máxima autoridad administrativa de aquel vecindario, y contarle lo que tanto le quitaba el sueño.

—Estoy muy preocupado: tengo miedo de que me acabe sacando un escándalo de donde no lo hay —concluyó.

El encargado de mantener el orden en aquellos lares lo miró, largamente. No puso en duda su versión.

—Aunque la mujer sea una mentirosa y una falsa te diría que dejaras a un lado la soberbia y obrases por amor a Dios —le aconsejó.

—Pero es que es una mentirosa y una falsa —protestó él con voz abatida.

—Ya. Pero puede ensuciarte con sus calumnias. Y la gente la creerá.

—Tú no permitirás que eso ocurra.

El otro se sumió en una prolongada reflexión.

—Trataré de convencerla para que se vaya —dijo al cabo—. A cambio de una paga mensual. Considérala una especie de

limosna. Y sería la mejor solución para todos.

—Haré lo que me indicas —concedió el señor Osmán con un suspiro de resignación.

Al día siguiente, el responsable del barrio mandó llamar a Zakiya.

—Me complace comunicarte que hemos encontrado una solución muy favorable para ti —le dijo y, acto seguido, le habló del acuerdo con el comerciante. Luego, añadió—: Vivirás en una casa decente y le diré al encargado de tu nuevo barrio que se ocupe de ti.

Ella calló. Le daba vueltas al asunto. Parecía debatirse entre varias opciones, a decir de las fluctuaciones de su semblante, que en todo caso resultaba ambiguo. El jefe del barrio se impacientó. Estaba tardando mucho en aceptar la propuesta.

—¿No me has escuchado?

La mujer se irguió y lo miró a los ojos.

—Le he escuchado perfectamente, jefe. No pienso irme.

—¡Estás loca! —le gritó, presa de un arrebato de furia—. ¡De remate!

—Este pequeño es su hijo. No tengo por qué aceptar limosnas.

—¿Y qué piensas hacer?

—Plantárselo delante de los ojos, para que jamás olvide su crimen.

Zakiya siguió con su rutina diaria: vender golosinas y cuidar de su hijo, de aquí para allá, en torno a la tienda. El señor Osmán se iba hundiendo más y más en una imperceptible desesperación, sacudida por repentinos accesos de ira. Por primera vez en su vida, quizás, le asaltaba la idea de cometer un asesinato.

Sin embargo, terminó haciendo una cosa bien distinta. A la hora en la que más trabajo solía haber, fue a visitar al jefe del barrio, derrotado y sumido en el desánimo. Lo agarró de la mano como si le implorase auxilio.

—¡Me casaré y reconoceré al niño! —exclamó casi a voz en grito—. Pero… ¡nos mudaremos a otro barrio!

Para el responsable del barrio, sin embargo, la cosa no estaba tan clara:

—Esta mujer no va a ceder ni un ápice hasta conseguir todo lo que quiere.

El hijo del barrio

Desde antiguo se le conocía como el «hijo del barrio». Nadie sabía quiénes eran sus padres. Las calles del barrio se habían convertido en su prado y el sótano, en su lecho. Se ganaba el sustento haciendo encarguillos y tareas diversas. Se le veía de aquí para allá, con su única chilaba, su rostro sonriente y ademanes de obstinada resolución, hasta que su cuerpo, enjuto y débil, le decía que ya era hora de retirarse a su catre de tierra y arena en el sótano, no muy lejos del portalón de la fortaleza vieja.

Un día vio a un burro tirando de un carro que a punto estaba de arrollar a un gatito despistado. Le gritó sin darse cuenta «¡Para!»; sin embargo, el que reparó en el chillido fue el *sheij* al-Usfuri, que se dirigía a la plaza. Sobrecogido, se detuvo. Creía que se lo decían a él, el presagio de un funesto suceso. Se quedó de pie y musitó: «Dios, protégenos». El *sheij* Usfuri creía firmemente en los designios inescrutables del destino; por eso, cuando vio caer una enorme piedra justo unos pasos por delante de donde estaba pensó, al igual que todos los que tuvieron oportunidad de contemplar el suceso, que si no llega a ser por el aviso del hijo del barrio habría quedado sepultado por aquella mole pétrea. Nadie podía explicarse cómo y de dónde había caído; mientras, el hombre no hacía más que invocar a Dios y su profeta, al borde del desmayo de tan afectado como estaba. Cuando se recuperó de la impresión, miró al hijo del barrio con agradecimiento y devoción.

—Juro que eres un hombre bueno, bendecido por la gracia divina.

La gente dio por válida la sentencia de aquel anciano piadoso y, así, el hijo del barrio dejó de ser una especie de mendigo ambulante para convertirse en todo un hombre santo. O, por lo menos, algo parecido a lo que se supone es un hombre santo. A partir de entonces, todos contemplaban sus idas y venidas con ojos rebosantes de estima y admiración, lo que redundó en un mayor obsequio de mendrugos de pan y

calderilla. No faltó quien acudió a él para que le leyera el porvenir, aunque él se excusaba diciendo que en absoluto le estaba dado hablar de cosas que ignoraba. Esto agrandó su figura más si cabe a ojos de sus paisanos, para quienes sus dones y actos prodigiosos se transustanciaban, en su caso, en la potestad para expresar la voluntad divina cuando así procedía, no cuando él quería. Día tras día, crecía el fervor del que gozaba en el corazón de las gentes; y, al fin, lo acabaron queriendo y aceptándolo como a uno más. Y él a ellos.

Una noche que regresó a su lecho de tierra y arena, en el sótano, antes de que el ángel del sueño se posara en él, sintió un silencio y un vacío espectrales. Era como si algo excepcional estuviese a punto de ocurrir. Una voz profunda, estentórea y nítida se cernió sobre él.

—Hijo del barrio, ve adonde el señor Zawi y dile que devuelva a sus dueños todo el dinero que les ha arrebatado de forma ilícita —le conminó la voz.

Al principio, pensó que alguien le estaba gastando una broma; pero, al momento, recordó la sensación de que algo insospechado estaba ocurriendo a su alrededor y cómo aquella voz, sobrenatural, se le había clavado en lo más profundo de su ser, y rechazó la idea. Sintió temor, un miedo cerval, a pesar de que, después de tanto tiempo, se había acostumbrado a la soledad y las profundas tinieblas de la galería subterránea, a un tiro de piedra de la fortaleza vieja y los genios y criaturas incorpóreas que la habitaban desde tiempos inmemoriales.

—¿Quién me está hablando? —se preguntó, incorporado en la penumbra de su soledad.

Las sombras le devolvieron un eco mudo y sórdido que parecía provenir de donde estaban las tumbas. Desvelado, con el alma y el cuerpo en tensión, deseó que todo aquello hubiera sido un sueño, o una alucinación, y se recostó una vez más. Quería tornar a conciliar el sueño; no obstante, la voz regresó de su abismo, con mayor estruendo si cabe.

—Hijo del barrio, ve adonde el señor Zawi y dile que devuelva a sus dueños todo el dinero que les ha arrebatado de forma ilícita.

Un temblor frío le recorrió el cuerpo: esa voz, tan vigorosa,

pura y prodigiosa, no era humana. Nadie en el barrio podía hablar así. A lo mejor, se dijo, su cometido consistía en mediar con los moradores de la fortaleza vieja. Ya había pasado con más gente antes que él. No había escapatoria, pues: tenía que aceptar su destino. Aun cuando el señor Zawi era una persona respetable y se había portado muy bien con él. Dudó, no obstante, unos segundos, hasta que presintió que la voz se aprestaba a invocarlo una tercera vez, con menor indulgencia según sospechaba, y se levantó de un salto.

Sacudido por una súbita resolución y amparado en una confianza sin límites en sí mismo, se dirigió adonde el señor Zawi departía con el responsable del barrio y el imán de la mezquita, cerca del café, y allí se plantó. Los tres dejaron la trompa del narguile en suspenso; el señor Zawi, en especial, lo miraba con atención.

—¿Qué haces aquí? ¿Tanta hambre tienes?

—He venido a darte un mandado, de la fortaleza vieja —le replicó con voz firme—. Una voz me ha ordenado que venga a decirte lo siguiente: devuelve a sus dueños todo el dinero que les has arrebatado de forma ilícita.

Durante unos instantes, se quedaron mudos, como si aquellas palabras intempestivas les hubiesen trabado la lengua. El primero en reaccionar fue el señor Zawi, el cual, dando un rodeo a la pipa de agua, se abalanzó sobre él y, entre bramidos, le propinó tal bofetón que lo desplazó varios metros. El jefe del barrio se levantó raudo y retrajo al señor Zawi a su asiento. El malestar era perceptible en los rostros de quienes tuvieron oportunidad de presenciar el incidente, conocedores, además, de la andadura más que sospechosa de Zawi.

Desconcertado, trastabillándose, el hijo del barrio abandonó el lugar, dando por casi cierto que la voz en cuestión pertenecía a un espíritu maligno que se estaba divirtiendo a su costa. Sin embargo, los vecinos llegaron a una conclusión completamente distinta: aquella provenía de un genio bienhechor temeroso de Dios. De lo contrario, ¿por qué le había ordenado lanzar aquella conminación, la cual no hacía sino confirmar lo que ellos mismos pensaban del dudoso origen del patrimonio de Zawi?

Pasaron unos días, y la voz, imperiosa una vez más, volvió a abordarlo. No obstante, en lugar de temor, sintió una enorme irritación. Se sentó en la penumbra y, en un estado de lacerante turbación, respondió:

—Tendría que estar loco de remate para hacerte caso de nuevo.

No obstante, la voz retumbó una segunda vez en la vacía inmensidad del sótano.

—Ve adonde el señor Zawi, etcétera.

—Si tanto te importa —protestó implorante—, ¿por qué no vas y se lo dices tú? Yo no soy más que un pobre hombre y tú, tú tienes mucho más poder que yo.

Pero la consigna se repitió, implacable, con una contundencia que no dejaba lugar a discusión ninguna. Resignado, sin fuerzas para seguir rebatiendo, el hijo del barrio volvió a incorporarse y, enardecido por un nuevo arrebato de resuelta determinación, como si se hubiera bebido de una tacada una botella de vino, se aprestó a cumplir el mandato.

Todos se quedaron atónitos cuando lo vieron volver. Zawi apartó el mango de la narguile y le lanzó una mirada flamígera. Los ojos se clavaron en aquel hombre vestido con la única y raída chilaba que tenía. El jefe del barrio fue el primero en hablar.

—Vete, no nos crees más problemas… —le pidió en tono de amonestación.

El muchacho no le hizo mayor caso y miró al señor Zawi.

—La voz te exige —le gritó— que devuelvas a sus dueños todo el dinero que les has arrebatado de forma ilícita.

El otro se levantó como movido por un resorte y cayó sobre él con un vendaval de puñetazos y patadas, hasta que lo dejó tendido en el suelo manando sangre por la boca y la nariz, hecho un mar de lamentos. Entonces, ocurrió algo que aquel barrio había vivido en muy contadas ocasiones: los que estaban sentados en el café y quienes pasaban por allí tomaron la resolución de intervenir en defensa del débil, y la cosa fue a mayores. De las palabras pasaron a las manos y, al final, aquello se convirtió en una batalla campal.

Una noche negra, como la definiría el imán de la mezquita.

La gente estaba indignada y corrió la sangre. Zawi terminó por los suelos, tal y como había acabado el hijo del barrio minutos antes; y el jefe del barrio hubo de emplearse a fondo para restablecer el orden, alarmado por el elevado número de heridos que yacían por doquier.

—Menuda noche… Esto no había pasado nunca —le comentó al imán—. Ríete de todas esas historias que cuentan sobre los genios de la fortaleza vieja.

La flecha

He tenido oportunidad de ver y oír muchas cosas, pero ninguna comparable a los acontecimientos que tuvieron lugar en nuestro barrio durante aquellos días que algunos llamaron «la etapa negra». Jornadas fecundas en extrañezas y sucesos admirables que nunca antes, ni después, se dieron. La descripción más certera la aportó, probablemente, Umm Fahim, la planchadora, para quien todo se debía a la acción de siete demonios. No puedo olvidar el día en que pregunté a un amigo, curtido en mil lides y sabedor de no menos misterios, «¿qué está pasando ante nuestros ojos?», y él me respondió, con tono pesaroso:

—Parece que los tiempos y los días que rigen el destino de la gente enferman y mueren, como el resto de criaturas.

Lo más curioso es que todos los vicios y defectos de nuestros congéneres quedaron expuestos al escrutinio general y a nadie le avergonzaba declamarlos en público. O, como le oí decir a Umm Basima, la comadrona, en son de burla:

—Veremos a los libertinos dar rienda suelta a su lujuria, desnudos bajo el sol, y a los ladrones, cometer sus pillajes al abrigo de los soldados.

Cada día nos resignábamos un poco más a aquella marea de corrupción que nos arrastraba sin remisión. Y, cuando el arrepentimiento nos laceraba y mortificaba, corríamos a refugiarnos en los recuerdos hermosos del pasado. Todos menos el responsable del barrio, que, en lugar de darse a la nostalgia, ponía todo su empeño y denuedo en hacer algo, o eso imaginaba él. Salía de su tienda y se recorría el barrio desde el sótano a la plaza principal, repitiendo a voz en grito a la menor ocasión: «¡Ningún infractor escapará al peso de la ley!». Lo mismo intentaban los gendarmes, que no cejaron en su empeño de vigilar todo cuanto ocurría; o el imán de la mezquita, resuelto a perseguir a los espíritus malignos con sermones, sentencias y fábulas sobre los honorables y píos ancestros.

Pero aquel remedo de orden y seguridad no duró mucho. La muerte de Zayn al-Baraka prendió la llama del pánico y dio rienda suelta a todo tipo de habladurías. Fue el día del mercado, o «el día de la estafa y el timo», como solían llamarlo, y más en aquella época. Los regateos y las pujas se confundían con zalamerías, insultos y palabras galantes. Zayn al-Baraka venía montado en un mulo, oscilando como un péndulo. Su sirviente lo precedía, gritándole a la gente que se apartase —«¡A un lado, vamos, que viene el señor Zayn al-Baraka!»—. Antes de llegar al café, el hombre emitió un grito funesto. Trató de detenerse, pero sin éxito; al momento, se tambaleó y cayó de bruces sobre la albarda. Los que pasaban por allí se apresuraron a desmontarlo y lo llevaron a rastras al primer banco que vieron en el café. Según lo hacían, iban dejando un reguero de sangre en el suelo. El jefe del barrio compareció a toda prisa. Se agachó para examinar el cuerpo del hombre. Comenzó a llorar, sin emitir un solo sonido. Se irguió, lívido el rostro, y dijo:

—Nuestro querido Baraka ha muerto. Dios lo tenga en su gloria.

La majestuosidad de la muerte hizo eclosionar en los corazones el temor de Dios y la piedad, aun cuando muchos profesaban una sincera animadversión al difunto. El responsable del barrio escrutó los rostros. Más de uno respondió con perplejidad:

—Estaba solo; no había nadie junto a él.

—A la policía, el juez y el forense —comentó aquel con rabia— no les va a hacer ninguna gracia.

Las pesquisas iniciales arrojaron, para sorpresa de todos, que el finado había sido alcanzado por una flecha en el corazón. Muchos no entendían qué querrían decir con «una flecha», lo cual motivó un debate profuso al respecto, hasta que, por fin, la máxima autoridad del barrio aclaró el asunto:

—Es una flecha, ni más ni menos, disparada con un arco; y el que lo empuñaba no puede estar muy lejos —explicó—. Por lo tanto, seguro que más de uno habréis visto quién cometió este crimen.

Sin embargo, todos juraron y perjuraron que no habían visto

a nadie.

—Sé bien —continuó con evidente malestar— que Zayn al-Baraka no era muy querido aquí, ya lo sé…

—Aquí hay tanta gente odiosa que no nos daría para nombrarlos a todos —le interrumpió una voz—; pero nosotros solo podemos dar fe de lo que sabemos.

El jefe del barrio decidió inspeccionar los alrededores y registró las casas que daban al lugar de los hechos. Pero no encontró nada sospechoso. Mientras iba de aquí para allá buscando una pista no dejaba de hacerse, una y otra vez, la misma pregunta: «¿Quién habrá sacado esta flecha de la aljaba de los rencores pasados? ¿Y con qué fin?».

La investigación policial se prolongó durante días, sin éxito. Si para algo sirvió fue para poner de relieve cómo el suceso había redoblado el simplismo y la suspicacia inherentes a mis paisanos y su proverbial desconfianza en las autoridades y la ley. Y, puesto que los próceres que debían encargarse de preservar el orden en este mundo material se mostraban incapaces de aplacar la sed de verdad de la gente, quienes decían conocer el cosmos oculto de las cosas espirituales se ofrecieron voluntarios para resolver el misterio. Uno de ellos, el *sheij* Ramadán, los puso sobre la pista:

—No os olvidéis de la fortaleza vieja…

Nadie dejaba de tener muy presente su preciado monumento. Por eso, lo escucharon con atención.

—En el pasado, moraban en ella cientos de soldados, con sus arcos y flechas. Y la Providencia bien puede haber decretado que el espíritu de uno de ellos retorne para defender a nuestro desgraciado barrio.

Las palabras del maestro sufí circularon, raudas, de viva voz. No pasó mucho tiempo antes de que Umm Basima, la comadrona, afirmara haber visto, según volvía de asistir a una parturienta más allá del sótano, a un espectro escalando las murallas de la fortaleza.

Al encargado del barrio se le ocurrió, más bien, que una cuadrilla de maleantes había establecido su guarida en el interior de la ciudadela. Llamó a la policía y a algunos arqueólogos para que la inspeccionaran. Entraron por el

portalón y la recorrieron de arriba abajo, pero no encontraron más que ruinas y telarañas.

Las autoridades así lo proclamaron, a los cuatro vientos, de forma tajante y rotunda. Y previnieron a la gente de prestar oído a patrañas y cuentos de viejas. Pero los vecinos intercambiaban miradas de complicidad.

—¿Y quieren que hagamos caso a los señoritos del Gobierno —se preguntaban, escépticos— y no a un santo varón, amigo de Dios, como el *sheij* Ramadán, o a una mujer honrada y buena como Umm Basima?

La profecía de Namla

La bendita noche del *Mawlid,* la festividad del nacimiento del Profeta, Haraq salió del sótano tanteando el suelo con su muleta.

—Una limosna, buenas gentes, por amor de Dios —pedía con voz débil pero rebosante de fe.

Al llegar a la fuente, camino de la plaza principal, le salió al paso Namla, el de los arrebatos místicos, y, hablándole como quien se ejercita en el arte de la oratoria pública por primera vez, le espetó:

—Regocíjate, Haraq, regocíjate; tu nombre será recordado.

Sin embargo, en la respuesta del mendigo hubo cierto desdén:

—Líbrame de tu lengua, al menos en una noche de bienes como es esta.

—Regocíjate —insistió el iluminado derviche en su presagio —, la gente vendrá a ti; hasta las personalidades importantes vendrán a ti. A agasajarte.

La profecía la escucharon varias personas que andaban por allí. Y fue motivo de chanzas.

—Vaya, ahora resulta que Haraq va a codearse con la flor y nata de nuestros gobernantes —llegó a murmurar el jefe del barrio.

A última hora de aquella noche, Haraq cayó muerto en un rincón, a la sazón abarrotado de fieles que proferían plegarias y danzaban con sus bastones para festejar el *Mawlid.* ¿Un bastonazo fortuito, la opresión de la multitud…? ¡Solo Dios lo sabe!

El gentío se arremolinó en torno al cadáver; al poco, comparecieron las autoridades: los oficiales de policía, el representante de la fiscalía, el médico forense…

Admirado, el responsable del barrio dio una palmada y exclamó:

—En verdad, eres un hombre santo y veraz, Namla. Tu profecía se ha cumplido… ¡Se ha obrado el milagro!

El fin del señor Saqr

Lo que parecía una funesta ensoñación se hizo realidad aquella noche. El señor Saqr, con sus setenta años, llegó en compañía de su flamante esposa, Halima, de apenas veinte, al piso segundo de su residencia, para principiar la luna de miel. Ellos, en la planta inferior, rumiaban su frustración. La primera esposa, la madre de sus hijos, callaba, sumida en su pesar, mientras el primogénito, Ragab, no ocultaba su indignación.

—¡Esto es increíble! —mascullaba mirando el techo, con el rostro congestionado.

—Todo lo que pasa estos días es increíble —apostilló la anciana madre.

—En nada estamos arruinados.

—Bueno, quiera Dios que le quede un mínimo de sentido común…

—Lo que más me asusta es que todo el dinero lo tiene guardado en el armario de su dormitorio.

—Ya… Pero no se olvidará de que tiene a su cargo a cinco mujeres y un hombre.

—¡Cómo me arrepiento —gritó él, furioso— de no haber estudiado ni haberme buscado un buen trabajo!

—Eras su único hijo y por eso no te exigía nada.

—Si tanto le importa mi futuro no lo habría dejado a expensas de lo que pueda decidir una niña codiciosa.

—No te dejes llevar por la ira; quien mucho se enfada poco gana.

—Algo tendremos que hacer.

—Pensemos con tiento; tiene que haber alguna salida. No pierdas la esperanza.

El joven guardó silencio, sumido en sus cavilaciones.

—La solución —propuso al cabo— es que nos dé, a ti, a mis hermanas y a mí mismo, nuestros derechos de herencia.

—Petición razonable. Y justa, pero se lo va a tomar muy mal.

—Peor es callarse y quedarnos sin nada.

—Hay que obrar con inteligencia; de lo contrario, estamos perdidos.

Siempre se habían llevado bien. Una relación presidida por el afecto mutuo. De hecho, quería a su padre como a nadie en este mundo. Hasta que apareció en su vida esa niñata y se enamoró de ella. Una pasión pueril que le nubló el entendimiento y le abotagó los sentidos. Tanto que parecía no saber en qué día vivía ni qué hacía. En aquel armario se guardaba la garantía de un porvenir estable y desahogado; y esa novia consentida se lo había arrebatado. Ya no había motivo para sentirse seguro. Lo que antes parecía un porvenir de bonanza se había tornado en un albur.

Al final, halló una solución que pasaba por el jefe del barrio, viejo amigo de su padre. Fue a verlo y le confesó sus cuitas y temores.

—Siento inmiscuirle en esto —le rogó a modo de colofón—, pero a usted le hará más caso que a mí.

—Haré lo que esté en mi mano —repuso el hombre—. Además de vecinos, somos amigos; y que Dios asista.

Así que, tras la oración del viernes, el jefe del barrio hizo un aparte con el señor Saqr y le aconsejó que obrara con sensatez y ecuanimidad. Sin embargo, el acaudalado comerciante se enfadó y, airado, le respondió:

—¿Quieren heredarme en vida? Parece una idea inspirada y orquestada por el mismo demonio.

Ragab sospechó que no tardaría en hacerlo llamar para darle una buena reprimenda. Pero se limitó a evitarlo y a hacer como que no existía, lo cual acabó resultándole mucho más insufrible. Se pasaba el día cautivo de mil temores y sospechas, ya fuera en vigilia o en sueños. Tras mucho meditar, se conminó a defender a su madre, hermanas y a sí mismo, y se afanó en urdir un plan. Sin embargo, los acontecimientos se precipitaron y no le dejaron margen de maniobra: un día que su padre regresaba de la celebración de un nacimiento se encontró con la casa vacía y el armario, desvalijado. Tales chillidos y alaridos de rabia dio que el vecindario en pleno no tardó en enterarse del suceso. Y, enseguida, de los detalles: la flamante novia se había fugado con su primo. Mientras

familiares y amigos se movilizaban junto con la policía para encontrar a los fugitivos, el hombre cayó en un trance a medio camino entre la vida y la muerte. La mujer y los hijos se agrupaban, desesperados, en el desvalijado dormitorio. «Ahora sí que nos vamos a quedar en la ruina», le susurró Ragab a su madre.

—Lo que toca ahora es cuidar de él. De lo otro, ya dispondrá Dios —atajó ella con voz quebrada por la tristeza.

El hombre permaneció así, en un estado de semiinconsciencia, durante un tiempo. No parecía sentir pesar por nada. En uno de esos raros momentos en que recobraba la lucidez, tras reconocer a su esposa e hijos, la mujer pensó que quería decirle algo. Se agachó y acercó el oído a su boca para descifrar el hilo de voz.

—Encima del baño… —susurró.

Y, dicho esto, se murió. Durante unos días, la casa fue un trasiego incesante de gente que venía a dar el pésame. No había tiempo para nada más; sin embargo, la mujer y los hijos no cesaban de preguntarse qué habría querido decir con eso de «encima del baño».

Ragab decidió averiguarlo. Tomó una escalera y una lámpara de gas y se encaramó al altillo del baño. Nada más asomarse, telarañas y un par de ratones que salieron corriendo. Miró con ojos expectantes y distinguió un cofre de madera que parecía reposar allí desde el inicio de los tiempos. Al abrirlo, lo descubrió rebosante de guineas de oro.

El gafe

Hasan al-Dahshán casó tres veces, con hijas de buenas familias. Y en todas ellas, la mujer murió antes de dar a luz a la criatura que llevaba dentro. Por ello, le pusieron el sobrenombre de Hasan «al-Nahas», *el gafe,* apodo que remató su fama cuando se comprometió con una cuarta que también falleció, esta vez antes de la boda. Un impulso desbordado de aislarse, de retirarse de esta mundana y amarga existencia, lo asoló a partir de entonces. Su familia le rogaba que no se rindiese ni se dejase arrastrar por tantos reveses y le animaban a luchar contra su mala suerte. «El que la sigue, la consigue», le decían.

El hombre, de vez en cuando, atendía a tales consejos y, de hecho, volvió a intentarlo, un par de veces. Pero se encontraba las puertas cerradas a cal y canto, como si del mismo arcángel de la muerte se tratase, a pesar de su patrimonio y el prestigio de su familia. No tardó en hacer efectivas sus ansias de reclusión y se encerró en sí mismo, apóstata de la vida y hostil a cualquier trato social, limitándose a llevar a cabo su trabajo, sin entusiasmo ni amigos.

Por entonces, Sunbula entró a trabajar como sirvienta en la casa familiar, para cuidar de su madre, Umm Hasan, a quien los años habían privado ya de buena parte de su energía y vitalidad. Sunbula era una joven camino de la edad adulta, sucia y estólida, que había quedado huérfana tras la muerte de su madre, una mujer que vendía encurtidos por quien Umm Hasan sentía aprecio. Conmovida por el lamentable estado en que había quedado la muchacha, la contrató como sirvienta. Y como solía hacer con todas las que entraban a su servicio, la obligó a observar reglas estrictas de comportamiento y aseo personal, con el aporte, si era menester, de unos buenos bastonazos. Cualquier cosa con tal de hacer de ella una persona de ley. Tampoco había que esperar milagros, pues, ya se sabe, por mucho que de seda vistas la mona, mona se queda. Al menos, consiguió que la vida volviera a manar en ella y recuperara su verdadero ser. Gracias a ello, aprendió a

cepillarse el pelo y otras cosas de mayor enjundia.

Aun cuando nunca llegó a resultar hermosa ni atractiva, Hasan la seguía con atención, llegando a percibir en ella una extraña pulsión pasional. Cuando se decidió a requebrarla, se mostró receptiva y él se lanzó con ansia para luego alejarse de ella sumido en el asco y la repulsión. Se miraba a sí mismo y se veía atrapado en la mayor de las miserias. Lo que son las cosas.

—Ni hermosura ni dinero ni moral… —se lamentaba.

Aquella relación perduró entre ambos a base de encuentros dispersos. Mas, pasado un tiempo, se dio cuenta de que ella estaba cambiando. Ya no tenía esa mirada estúpida y errática, sino un destello de tristeza, como si hubiera comprendido al fin por qué se abalanzaba sobre ella con tamaño frenesí y luego se desasía con evidentes muestras de repugnancia. Él, por su parte, comprendió que su verdadera naturaleza había quedado al descubierto y sintió una gran tristeza. Cuando volvió a solicitarla, se negó y corrió a encerrarse en la alcoba de su señora. «Hasta las cucarachas tienen su orgullo», pensó, sumido en la ofuscación.

Aquel rechazo encendió un fuego que, de paso, incitó su curiosidad.

Su madre, terminó descubriendo, le había enseñado muchas más cosas de las que creía. Por ejemplo, a rezar y a ayunar. Sorprendente.

Una vez la agarró de la mano y la atrajo con fuerza, pero ella se desembarazó:

—¡Bastantes desgracias tengo ya!

Pensó que esa frase no solo reflejaba cómo se sentía ella sino, con mayor motivo, cómo se sentía él mismo.

—Las mismas que tengo yo. Así que, me temo, habremos de contentarnos con lo que tenemos —le dijo.

La vida es una apuesta

Me dijo Ali Zaydán cuando fui a verlo para felicitarlo por su ascenso en la empresa:

—Arrepintámonos y que Dios nos perdone los excesos del pasado.

—Te he oído decir eso o parecido —objeté yo escéptico— en varias ocasiones ya.

—Esta vez —insistió él con firme convicción—, va completamente en serio. Estoy decidido: voy a cambiar.

—A ver —pregunté—, ¿es que te la ha jugado algún tahúr o se han conchabado contra ti tus compañeros de timba?

—No se trata de un arrebato ni nada parecido. Solo deseo librarme de esta vida muerta y empezar una nueva.

Después de años sumido en una vorágine febril y vertiginosa, de repente, se descubrió en pleno umbral de los cincuenta, en medio de un mundo que le resultaba hostil y ajeno. Sin ahorros tras los que resguardarse y con una singladura impregnada de mala fama y desprestigio, no le quedaban muchas opciones. Buscaba mi compañía y mantenía prolijas conversaciones conmigo para descubrir esa nueva realidad a la que acababa de despertar. Ansiaba conocer algo más de las vicisitudes de la gente, a la cual tan poco interés había prestado hasta entonces. Tantas revelaciones y verdades súbitamente desveladas lo sorprendían y turbaban a la par.

—Lo más valioso que he perdido sobre el tapete ha sido mi propia existencia, no mi dinero —me confesó una vez, presa del desaliento.

—Bueno, la vida de verdad empieza a los sesenta —le dije a modo de consuelo.

—Quiero casarme —repuso él con el rostro serio.

—Para cada edad hay un tipo de novia —se me ocurrió decirle como respuesta.

—Se lo comenté a mi hermana Afkar, porque ella ha sido siempre la primera en insistir en que debía casarme. Pero yo quiero un matrimonio de los de verdad.

—¿Qué es un «matrimonio de verdad»? —le pregunté.

—Pues que no quiero cualquier cosa. No, nada de morralla ni segundos platos. Una novia joven, una doncella, virgen, guapa y con un nivel de instrucción aceptable.

—Hoy en día casarse sale muy caro —acerté a comentar con la mayor sinceridad.

—Se puede arreglar —repuso con cierto desdén—; si hace falta, pongo de garantía, para la dote, mi sueldo, que está bastante bien.

—Excelente… ¿Y hay alguna por ahí?

Emitió una risa que no estaba exenta de amargura.

—Nunca he tenido tiempo para el amor.

A partir de ahí, su hermana, la señora Afkar, y servidor nos pusimos manos a la obra, al alimón. Los principios solían resultar esperanzadores, porque hacíamos alusión al oficio y el salario. De entrada, se les abría el apetito. Sin embargo, en cuanto hablábamos de la edad, fruncían el ceño y arqueaban las cejas; y, peor aún, la cosa concluía en un sonoro portazo no bien confesábamos el nombre del peticionario, Ali Zaydán. Entonces, saltaban como un resorte.

—¡El jugador! —gritaban horrorizados.

Tal era su espanto que estoy seguro de que un ladrón o un corrupto habría suscitado menos rechazo e incluso, en determinados casos, podría haber seguido siendo una opción válida. Pero un jugador, o cualquier cosa que tuviera que ver con las apuestas, despertaba en ellos un miedo cerval.

Era cuestión de tiempo que los reveses sufridos por nuestras diligencias terminaran llegando a oídos de mi amigo. Lo embargó una tristeza y pesar tan agudos que terminé por pensar que envejecía a marchas forzadas. Aun así, una vez me soltó, desafiante:

—No pienso morirme sin haberme casado y tenido hijos.

A mí no me quedaba otra que darle ánimos, aunque fuera por mera cortesía.

—No podemos, ni debemos, desesperar —le dije.

—Tengo mis motivos para no perder la esperanza: he ido a ver al maestro Labib. Me ha leído el futuro.

No pude contener la risa.

—No sabía —le dije— que creyeras en esas supercherías.

—La desesperación —repuso suspirando— te empuja a eso y a cosas peores.

Y mira por dónde, Labib, el vidente, tenía razón. Sitt Dalal, una mujer de muy dudosa reputación y peor fama, supo de la búsqueda afanosa de mi amigo y se le ocurrió una idea. Tenía una hija de veinte años de extrema hermosura y vida licenciosa más extrema aún que era motivo de censuras airadas en el barrio; y decidió echar las redes a aquel hombre «desamparado», con el objeto de utilizarlo como parapeto de las andanzas de la chica. Esta, de nombre Suad, no tardó en interponerse, con todos sus encantos en flor, en el camino de nuestro candidato ya maduro y desnortado, a despecho de las miradas de reprobación, mohínes y murmuraciones que suscitaban sus tretas y melindres. La angustiada presa, víctima de la desesperación y la necesidad, terminó cayendo en la dulce celada que le habían tendido. De nada sirvieron las protestas y reconvenciones de la familia de él, ni los sabios consejos y firmes argumentos esgrimidos por parte de sus amigos y conocidos, alarmados ante la estridencia de las comidillas y malas lenguas que de él se hacían en el barrio. Tan resuelto se le veía que una vez me dijo, con sonrisa afligida:

—No pienso permitir que nadie me eche a perder esta preciosa y única oportunidad. Nunca tendré una igual. —Luego, me apretó la mano con fuerza y añadió—: Te agradezco que hayas estado a mi lado y me hayas honrado con tu afecto. Espero que estés de acuerdo conmigo en que si alzas una copa has de apurarla hasta la ebriedad.

Pasaron los años y Ali Zaydán engendró un niño y dos niñas. Cuando lo jubilaron, se dedicó de lleno a los muchachos, lo que le permitió evadirse de sus muchas y crecientes cuitas. Tanto como se afanaba su querida esposa, con su beldad, en sustraerse a sus obligaciones domésticas para ocuparse de otros menesteres. Su casa se convirtió en objeto de mil y un comentarios, siempre malintencionados, y tierra fértil para sentencias y parábolas sobre la indecencia y los vicios conyugales. El hombre, cuando las penurias y el oprobio lo

sacudían con rigor, se limitaba a comentar:

—Aun hoy en día las cartas me siguen siendo esquivas.

La plegaria del *sheij* Qaf

Habían asesinado a Omayra al-Ayeq.

Se acusó a Hanafi al-Rayeq, en virtud de los testimonios de al-Zayni, Kibrita y Fayeq, que decían estar presentes cuando sucedió.

Al-Rayeq confesó su crimen. Al ver el asombro reflejado en los rostros de quienes escucharon su confesión y fruncieron el ceño tratando de imaginar cómo alguien tan enclenque y debilucho podría ser capaz de acabar con la vida de una persona tan corpulenta como era el difunto, explicó:

—Se lanzó sobre mí y me escabullí. Le tiré una piedra y... lo maté.

Seguían sin dar crédito. No obstante, debieron de pensar, el destino tiene estas cosas.

A pesar de que el muerto pertenecía a la clase alta del barrio, las pesquisas terminaron ahí y se dio el asunto por concluido. Solo quedaba, pues, esperar el veredicto del juez.

Ahora bien, por el vecindario circulaba otra explicación bien distinta, un rumor que nadie sabía de dónde había salido pero que tenía el aroma y la consistencia de una imputación en toda regla. Una fuente oculta y escurridiza, de timbre confuso, que expandía, a través de susurros y secretos inconfesables, la idea de que, en realidad, al-Zayni, Kibrita y Fayeq habían dado falso testimonio. Que el propio al-Rayeq habría mentido para autoinculparse. Uno de esos acontecimientos tan extraños e intrigantes que de vez en cuando se producían en aquella barriada.

El imán de la mezquita le preguntó al responsable del barrio:

—¿Has oído lo que dicen sobre el crimen de al-Ayeq?

El interpelado se limitó a responder, con gesto adusto y contrariado:

—Por aquí se cuentan muchas leyendas y fantasías. Demasiadas.

Sin embargo, fue a ver de incógnito al *sheij* Qaf, cuya

morada era santuario de bendiciones y revelación de verdades ocultas.

—No hay nadie en este barrio, hombre o mujer, que no haya venido a verte y te haya contado sus secretos, aquí, a solas, en este cuarto. Sabes muchas cosas que los demás ignoramos.

—Solo el Omnisciente lo sabe todo. Alabado sea —repuso el *sheij* con su voz afeminada, adquirida por mor de su estrecha y fraternal relación con una diablesa de la cohorte de los *yinn.*

El visitante lo escrutó con una mirada sostenida y poderosa, como si quisiera llegar al fondo de sus arcanos.

—¿Quién mató a Omayra al-Ayeq?

El otro se limitó a responder con una aleya coránica:

—«Creyentes, no preguntéis por cosas que, en caso de que os fueran reveladas, os perjudicarán. Dios sabe y vosotros, no».

—¿Quién es el responsable de la muerte de Omayra al-Ayeq? —El jefe del barrio no se daba por vencido.

—No es otro que ese en quien estás pensando —repuso el *sheij,* esta vez con un deje de pesadumbre.

El jefe del barrio apretó con fuerza su cayado y guardó silencio. Cuando se levantaba para abandonar el lugar, el *sheij* Qaf le dijo:

—Te eximo de responderme qué piensas hacer.

El encargado de velar por la ley y el orden en aquella barriada seguía sumido en su mutismo. Le estrechó la mano, sin decir nada, y se dio la vuelta para salir. Qaf lo despidió con una calidez e intensidad inusuales en él:

—Pediré a Dios con ardor que me dé la ocasión de volver a verte.

Nuestro padre Igwa

Todos sus compañeros de generación y amigos de juventud habían pasado a mejor vida. Se había quedado solo, sin compañía ni amistades. Hablamos de *Abuna* Igwa al-Rammah, nuestro vecino copto. Por morirse, se habían muerto hasta sus hijos, todos menos Anuar, que frisaría los ochenta y vivía con él en la vieja casa familiar, a un palmo del sótano. Podían pasarse largo tiempo sin cruzarse una sola palabra, sumidos en un profundo silencio. Como dos extraños que se hubieran puesto de acuerdo para sentarse el uno al lado del otro. De este modo se podrían haber tirado la vida entera, si no fuera porque el hijo, debido a una dolencia crónica en las piernas, tenía que salir a caminar un poco cada tantos días y precisaba, por tanto, de quien le hiciera de báculo; y ahí estaba el padre, presto a darle su brazo y acompañarlo en aquellas breves caminatas, de la fuente al sótano y de este a aquella. Unos paseos que los vecinos contemplaban con admiración y, según los casos, con recelo.

El tiempo, no obstante, terminó cebándose también con él y le sorbió la carne, los músculos y hasta los dientes, llevándose de paso tres cuartas partes de su vista y oído. Sin embargo, no lo dejó sin la capacidad para moverse, comer y digerir los alimentos, facultades asombrosas que suscitaban sonrisas y gestos risueños entre los moradores del barrio, si bien no faltaba quien reaccionara con enfado y rencor.

—Lo que él vive de más otros lo están dejando de vivir —murmuraban con desdén.

Así hasta que llegó el día en que se puso a subasta el inmueble en ruinas dependiente de la mezquita y pasó algo digno de ser recordado.

La jornada principió con un súbito achaque que agravó la salud del hijo, Anuar, y lo obligó a guardar cama. En consecuencia, el único que compareció fue *Abuna* Igwa al-Rammah, con un maletín en la mano. El jefe del barrio, atónito, lo miraba de hito en hito.

—¿No habría sido más conveniente que te hubieras quedado con tu hijo enfermo? —le espetó, sin poder contenerse.

—Lo he dejado —repuso el anciano— al abrigo de Aquel cuyo cuidado exime de que nadie más lo cuide.

El jefe del barrio hacía esfuerzos por que su enojo no resultara ostensible.

—¿Por qué no dejas sitio en esta tierra para los demás —volvió a interpelarle— y así todos nos podemos beneficiar de ella?

—Esta tarde —repuso *Abuna* Igwa— he de llegar a un acuerdo con un constructor y antes de que pase un año levantaré una construcción en *esta* tierra para mi disfrute y el de los demás…

Los susurros de las estrellas

El insecticida le cayó de lleno en las delgadas y enjutas piernas. Corría detrás del carro con el que fumigaban las calles, jaleándolo, y, al llegar a la fuente, su abuela lo alcanzó y lo atrajo hacia sí.

—Siempre andas corriendo detrás de lo que te hace daño —le dijo mientras lo protegía en su regazo.

El chico protestó cuando la anciana lo agarró de las sienes y comenzó a recitar una jaculatoria: «En el nombre de Dios, el Clemente, el Misericordioso…». El responsable del barrio, que acertaba a pasar por allí en aquel preciso momento, se les acercó.

—Señora Farga, no debería permitir que salga tanto a la calle. Le perjudica —le aconsejó.

—Aun así seguirían azotándonos las malas lenguas —respondió ella con irritación.

—Pero al menos en la casa de usted recibirá la educación adecuada.

—No tendrán piedad de nosotros, con su maledicencia e insidias, y un día le contarán la desgracia de sus padres.

Una sombra de pesar cubrió el semblante del responsable del barrio.

—Sí, nuestro barrio no tiene piedad de nadie… ¿Por qué no se lo lleva a otro lugar, un sitio donde comenzar de nuevo, sin las ataduras del pasado?

Los ojos marchitos de la anciana se estrecharon aún más.

—¿Dónde y cómo? —musitó—, ¿de qué manera vamos a vivir lejos de aquí?

—Pues así las cosas —concluyó el hombre—, no queda otra que resignarse a nuestro destino, señora Farga.

—Nuestro Señor es Clemente y Misericordioso —sentenció ella, elevando la voz.

En estas, el viejo derviche Bashir salía de la mezquita para dar un paseo al aire libre y Farga reparó en él. Sin soltar al nieto, que, enfadadísimo, seguía intentando librarse de ella, se

encaminó hacia el hombre.

—*Sheij* Bashir —le saludó—, tome el gorro de mi nieto y léame su porvenir.

—Nunca olvidaré los favores y bienes con que me agració su padre —repuso el hombre—, ni sus virtudes y buenos actos. Siempre a su servicio, señora Farga.

Acto seguido, se llevó el gorrito a la nariz y aspiró con fuerza. Pasó la mano por la cabeza del muchacho y al cabo dijo:

—Solo veo brumas…

—¿Qué quiere decir eso? —inquirió, con nerviosismo, la mujer.

—Solo veo brumas… No tengo nada que añadir —repitió.

—Por supuesto que sí tiene algo que añadir, pero no quiere darme malas noticias, ¿verdad?

—En absoluto —porfió él—; ahora bien, usted conoce perfectamente el peligro y, por ello, debe andarse con mucho cuidado.

La abuela agarró al nieto y se marchó. No estaba nada satisfecha.

El responsable del barrio se acercó a Bashir y le preguntó:

—¿Qué mal te hacía decirle unas palabras de cortesía para que no se quedara preocupada?

—Puede que contemos las cosas de forma abreviada y escueta, pero no mentimos —repuso Bashir—. Ya se lo dije al difunto Qadri, el padre del muchacho, y no me hizo caso. Luego pasó lo que pasó...

El jefe del barrio lo escuchaba intrigado.

—¿Cómo fue eso? —le preguntó con interés.

—¿Te acuerdas del poeta ese del rabel que vino una tarde, todo apostura y juventud, y nos cantó aquello de *La noche en vela los enamorados pasan…?* Al barrio le encantó y lo acogieron con entusiasmo. El dueño del café lo contrató para que cantara por las noches… Conciertos que no dejaban a nadie indiferente. Con cada velada nocturna, nuestros convecinos le daban mayores muestras de fervor. Pero yo comenzaba a ver, en mis visiones, en mi mundo particular, algo que me turbaba. Esperé la ocasión propicia y una vez que

vi al señor Qadri andando a solas en lo calle lo paré. Le dije que el halcón iba a abalanzarse sobre la paloma; pero él no me prestó atención. Debió de pensar que lo único que quería era una limosna y me dio unas monedas. Siempre fue muy generoso.

—¿No te preguntó a cuento de qué le decías eso? —inquirió el jefe del barrio.

—Nada. Ni siquiera se dio por aludido.

—Y entonces, ¿por qué no le explicaste con más detalle lo que el destino le tenía reservado?

—No podemos ir más allá de lo que nos ha sido marcado; de lo contrario, nos quedamos sin el don de la predicción.

—Bueno… ¿Qué pasó después?

—Pues que el cantante del amor y la juventud —prosiguió el devoto anciano— desapareció y con él doña Bahiya, la esposa del acaudalado y ya entrado en años señor Qadri, dejando a este con una criatura de apenas un año. El barrio entero se desayunó una buena mañana con el suceso y la noticia corrió como la pólvora. Cuando se enteró, nuestro respetable comerciante se desplomó, como fulminado por un rayo, y adiós.

Ambos guardaron silencio. Al cabo, el responsable del barrio volvió a hablar.

—Puede que la madre y el otro se mueran antes de que el chico esté en condiciones de cobrarse cumplida venganza.

—Eso solo Dios lo sabe.

—Ya. ¿Y qué significa eso de las brumas que le has contado a la abuela?

—En nuestro saber y ciencia viene a significar incertidumbre y confusión. Y graves conflictos… ¡Dios sabe más!

El secreto de las últimas horas de la noche

Regresó al barrio poco antes de la madrugada. Las calles se hallaban sumidas en un letargo profundo y solo se veía, en aquella hora tardía, su propia figura, la cual, oscilante, deambulaba por entre las densas sombras de la noche. Con sigilo, se adentró en un jardín del que emanaba un aroma embriagador. ¿De dónde provendría ese perfume? Sus sentidos se apresuraron a responderle: el efluvio de una mujer errante, el reguero de una fragancia femenina prendida en el éter. ¿Por qué viniste a este lugar en penumbra, cerca ya de la madrugada? Seguro que lo hiciste guiada por los latidos de tu corazón y los dictados de un destino indescifrable.

Dejó que aquella fragancia le inundara el pecho, hasta sentirse enajenado por una pasión súbita y feroz. Sus pies quedaron anclados al suelo unos instantes, y luego comenzó a recorrer las calles del barrio, de arriba abajo, con parsimonia, como si fuera un guardia nocturno cumpliendo su turno. De haber llegado unos minutos antes, habría tenido la fortuna, quizás, de asistir a un espectáculo único. Un mágico encuentro durante el último tercio de la noche. O, a lo mejor, no habría visto nada fuera de lo común y solo se trataba de las ilusiones desaforadas de su ardiente imaginación.

Con todo, él prefería creer, en el colmo de su éxtasis, que aquel aroma suspendido en el aire encerraba el antecedente inmediato de un acontecimiento maravilloso y único. Por ello, escrutaba los recodos y recovecos, en busca de una aventura, del secreto escondido entre aquellas callejas revestidas de solemnidad y pía devoción al legado de los ancestros. Cada vez que una mujer surcaba aquellos parajes, ya fuera por la mañana o por la tarde, recordaba; y el recuerdo le hacía aspirar con fuerza para luego emitir un suspiro de decepción. Pero al momento recuperaba el impulso y volvía a aspirar, con renovado ardor, siempre al acecho de aquella fragancia esquiva.

Shayjún

Shayjún regresó. Había pasado tanto tiempo que las gentes del barrio apenas si se acordaban de él. No se había vuelto a saber nada de él desde el día en que se fue. Ni una sola noticia. De su familia ya no quedaba nadie con vida, salvo una anciana que había perdido la noción de la realidad y no se percataba de nada de lo que pudiera ocurrir a su alrededor. Shayjún regresó henchido de confianza en sí mismo, con la mirada firme y apremiante y un vocabulario repleto de bendiciones, fruición mística y profunda gravedad. Tanto, que la gente no pudo por menos que preguntarse, admirada, cómo y cuándo había alcanzado aquel hombre las sagradas cotas de la pureza espiritual, únicamente reservada a quienes más cerca están de Dios. A los sencillos tenía sobrecogidos con aquella luz en el rostro y la beatitud de las palabras; los moradores del barrio de mayor alcurnia y predio lo miraban con indiferencia, si acaso con recelo, pero se cuidaron mucho de hacer nada que pudiera importunarlo.

Shayjún puso todo su empeño en desvelar a sus paisanos los secretos del mundo oculto y vedado al común de los mortales, dando remedios y curas a los enfermos y solucionando los problemas de los parias de esta tierra. Así hasta que en cierta ocasión se plantó, el día del mercado, junto al pilón donde abrevaba el ganado, y proclamó a voz en grito:

—Antes de la puesta del sol de mañana, hagan todos por ponerse a bien con su conciencia.

A partir del mediodía, el barrio se convirtió en un hervidero de personas que anhelaban el perdón y la cura de sus males, cada cual con sus propios temores y pensamientos.

—Es un hombre santo y veraz —decían unos.

—Dad por seguro que un suceso prodigioso ha de ocurrir, como nunca antes sucediera —exclamaban otros.

A la tarde, Shayjún volvió a comparecer, procedente esta vez del café, circundado por un grupo de rendidos seguidores, y fue posando su venerable mirada en todos y cada uno de los

integrantes de aquel gentío que lo esperaba anhelante, sin que pareciera impresionarle su abigarrada multitud. Le bastó alzar la mano para que el silencio impusiera su ley.

—Escuchad estas dichosas palabras, preámbulo de la gran ventura que está a punto de acaecer.

Un estruendo de vítores y gritos de alborozo, entrelazados con loas al Altísimo, llenó el aire de ansia de revelación. Luego, todos callaron, expectantes.

No obstante, lo que se oyó a continuación fue un alboroto de voces que conminaban a la gente a que abriera paso. Una comitiva de uniformados, guiada por el responsable del barrio, avanzaba con determinación. Cuando llegaron a la altura de Shayjún, dos se lanzaron sobre él y lo inmovilizaron mientras el resto se afanaba en enfundarlo en una camisa de fuerza. El que parecía ser el jefe de todos ellos decía:

—¡Qué guerra das!

El horno

Una gran conmoción sacudió al barrio: Ayusha se había fugado con Zaynahum, el mozo del horno. La onda expansiva de la noticia se propagó por doquier. No quedó ni un solo rincón en el que un noble corazón no exclamara entre suspiros:

—¡Que Dios nos proteja! ¡Qué desgracia tan grande te ha tocado vivir, tío Gomaa, con lo buena persona que eres!

El «tío Gomaa» en cuestión era el padre de Ayusha y de otros cinco muchachos, todos ellos excelentemente plantados. Y he aquí que aquella, su única hija, había emborronado en unas horas todo el prestigio y respeto que durante años se había ganado como dignísimo prócer de familia.

En verdad, nadie parecía haber reparado en la muchacha antes de su huida. En el fragor del escándalo, algunos dijeron que era hermosa y de humor alegre. Umm Radi, la vendedora de sopas de miel con frutos secos, no quitaba razón, pero añadía:

—Hermosa, sí, vale, no lo niego; ahora bien, atrevida y un poco desvergonzada, también. Sabía cómo mirar con brillo e intención a quien le estaba hablando, hasta el punto de hacerle olvidar el asunto de que trataban.

El tío Gomaa y sus hijos quedaron tan contritos que se pasaban el día con la cabeza gacha, mirando el suelo, y el alma en penumbra. En los primeros momentos, una llama de cólera les avivó el espíritu y los lanzó a una busca desenfrenada. Sin embargo, sus pesquisas caían una y otra vez en saco roto. Podrían haber estado así durante tiempo indefinido si el jefe del barrio no hubiera ido a ver al tío Gomaa.

—Los pecados ajenos no deberían empujarnos a cometer crímenes aún mayores —le aconsejó.

El tío Gomaa comprendió que más valía templarse, por el bien de sus hijos.

—Haceos a la idea —les dijo— de que vuestra hermana está muerta. Que Dios se apiade de su alma y la juzgue conforme a Su tenor.

En cuanto al romance de la muchacha con el mozo del horno, digamos que aquí cada cual se había hecho su propia composición. En cualquier caso, en líneas generales, el argumento del relato no se salía del guion ejemplar para este tipo de sucesos. La joven se enamoró del chico de tanto verlo ir y venir con masas y hogazas, y, como no había posibilidad de suponer siquiera que un respetable y próspero comerciante de telas aceptara a un aprendiz de tahona como pretendiente para su hija, urdieron, los amantes, un plan para evadirse. Ayusha hizo acopio de joyas y ajuares, las propias y las de su madre, y se fugó con el mozo. La versión más extendida no imaginaba otro desenlace que no pasara por el matrimonio de los dos enamorados en el mismo lugar, oculto y quizás remoto, en el que se habían recogido.

Pasado un buen tiempo, la familia del tío Gomaa terminó olvidando la historia de Ayusha y Zaynahum. Una vez cerrada la herida, retornaron al curso de su hábito consuetudinario y siguieron con sus quehaceres. Así hasta que estalló la crisis de todos conocida y el próspero comerciante quedó en la ruina y forzado a vender su casa.

Mas he aquí que cierto día, cuando más intensa y aguda era su penuria, vino a verlo un mensajero a quien, en un primer momento, no supo reconocer. Le traía la cantidad necesaria para sufragar sus generosas deudas.

—Este dinero —le contó el hombre— se lo envía a usted su hija Ayusha. La voluntad divina ha querido que sea su marido, Zaynahum, quien tenga el honor de traérselo en mano.

Acto seguido, le hizo un recuento de cómo su esposa había vendido las alhajas que se había llevado consigo y, con las ganancias, le había abierto una tahona para él solo. Y tras años de esfuerzos y privaciones les había sobrevenido la fortuna.

El responsable del barrio le dijo al imán de la mezquita:

—¿Has visto? La muchacha ha vuelto en el momento justo para expiar su culpa. Ya no hace falta matar a nadie.

El grito

Un mediodía, el eco proyectó un grito que parecía proceder de una profundidad tenebrosa. La queja estridente de un cuerpo desgarrándose de forma atroz. Un aullido, prolongado, que obligó a muchos a correr hacia la casa de la señora Adliya. Estrépito de invocaciones y ajetreo de gente yendo y viniendo en medio de una enorme confusión. El grito, en cualquier caso, fue perdiendo intensidad y, al cabo, se apagó. Todo volvió al silencio y la calma habituales en esa hora, antes de que un nuevo grito confirmara que todo había terminado. Los detalles del suceso no tardaron en ser del dominio público: Kámila, la hermosa joven que había sido repudiada al alba de ese mismo día, se había embadurnado de queroseno y se había prendido fuego.

Umm Ulwán, la vecina más cercana a la señora Adliya, tía de la hermosa suicida, dijo:

—¡Dios maldiga al demonio, lo que han tenido que ver mis ojos! ¡Es increíble! ¡Kámila se ha quemado viva! Una linda y cándida niña que no ha dejado de cumplir sus preceptos religiosos desde que tenía diez años… Una novia que apenas llevaba unos meses desposada… ¡Nadie tenía tanto derecho a la vida como tú, Kámila!

La señora Adliya, tía materna de la difunta, se secó las lágrimas y tomó el relevo:

—Tu grito se me ha clavado en el corazón, lo mismo que ese rostro contraído deformado por las llamas… Dios te resarza y castigue a ese malnacido cruel de Zayd al-Faqi y su corazón de piedra. ¿Qué te había hecho esta bendita para que la destrozaras así? ¿Por qué tuviste que repudiarla? ¿Qué mal te había hecho? … Espera, que Dios te dará lo que te mereces, Zayd.

Estas palabras pronto hubieron de llegar a oídos del señor Zayd al-Faqi. No hizo comentario alguno. La verdad es que la noticia del suicidio le había descarnado el corazón y dejado su mente en blanco. Durante unos instantes, sintió una angustia

enorme y un deseo apremiante de no seguir vivo. Pero consiguió sacudirse sus pesares y remordimientos a fuerza de preguntas:

—¿Qué podía haber hecho yo, después de saber lo que sé y todo el mundo sabe?

Lo que todo el mundo sabía es que la madre de su mujer regentaba un burdel en los suburbios y que, en contra de lo que decía la señora Adliya, ni se había casado con un marroquí ni se había largado del país. Lo único cierto es que había dejado a Kámila, una niña entonces, al cuidado de su hermana.

—Mis familiares —seguía buscando argumentos para defenderse— estaban escandalizados y se preguntaban si eran ciertas todas aquellas historias… Los amigos me previnieron: mi reputación de comerciante honrado estaba en juego y, con ella, el buen curso de mis negocios. Yo preguntaba a cualquiera que tuviera algo que ver con la familia de ella, pero nadie reconocía saber nada. La señora Adliya me dijo: «Somos gente honorable y jamás te habríamos ocultado la verdad». Kámila también lo negaba. Parecía aturdida, al borde del colapso. «¡No me lo puedo creer —gritaba—, mi madre es honesta, pongo a Dios por testigo, así condene a los calumniadores!»

»¡Qué otra cosa podría haber hecho —seguía preguntándose a sí mismo—, a ver! Mi madre me convenció, me dijo que nos habían engañado, que lo único que querían era mi dinero, que debía proteger mi buen nombre y el de la familia… Me enfurecí tanto, como un potro desbocado, que la repudié, a mi esposa… Y ahora se quita la vida… Ya no hay duda: la pobre no sabía nada de las malas artes de la madre… Nada de esta truculenta historia se habría sabido si no llega a ser por el honorable profesor Husayn Abu al-Makárim… Que Dios nos juzgue por nuestras obras.

Sí, Abu al-Makárim, maestro de lengua árabe, esparció la noticia por los confines del barrio y trató con especial ahínco de que llegara a oídos del marido, Zayd al-Faqi, que vivía en la inopia. No tomó la decisión de forma precipitada, ni mucho menos. Hubo de por medio un largo y encarnizado debate entre su alma y su conciencia. Cabe pensar que el hombre se

dejó llevar por sus principios y la idea de lo que es justo y conveniente cuando tomó su decisión final. Esto es, que se fio a sus códigos morales y éticos más que a los impulsos de su corazón y la efervescencia de sus sentimientos.

La noticia del suicidio, sin embargo, le causó una conmoción inmediata, volteándolo hasta dejarlo suspendido en el abismo. Sintió pánico, hostigado y acorralado por una insondable angustia. Se decía: solo la desesperación más profunda puede hacer que alguien se queme un rostro tan hermoso.

El maestro Abu al-Makárim estaba confuso y turbado. Necesitaba recuperar todos sus recuerdos y alinearlos frente a la revista de su memoria. Así, volvió a verla, el día en que la conoció, cuando ella visitó en compañía de su tía a Umm Hanafi, la dueña de la casa en cuyo segundo piso residía él. Umm Hanafi se percató de cómo se le había iluminado el rostro al ver a la chica. Parecía un hombre cándido e ingenuo.

—¿Te gusta Kámila? —le preguntó un día.

—Es un ángel virginal —apuntó el maestro entre risas.

—Qué suerte —prosiguió la mujer— poder juntar a dos personas decentes en un vínculo sagrado.

Pero él le dijo que prefería esperar. Hasta que estuviera en disposición de pedir la mano de la chica.

Al cabo de un tiempo, Umm Hanafi fue a ver a la señora Adliya, la tía de Kámila, y, en su nombre, tanteó el terreno para una posible boda. Parecía que las cosas iban por los cauces correctos.

En este punto recordó a quienes le urgieron a informarse bien sobre las credenciales de la prometida y su entorno familiar, razón que le llevó a demorar la firma del contrato matrimonial. Durante aquel periodo de espera, el reputado comerciante Zayd al-Faqi se presentó ante la señora Adliya e hizo gala de sus ingentes recursos para asegurarle a su sobrina una vida desahogada. Y, como quiera que el maestro seguía sin decidirse a dar el paso definitivo y concretar la petición en un acuerdo formal, a Kámila la terminaron desposando con Zayd al-Faqi.

El profesor Abu al-Makárim quedó sumido en la desolación

más profunda; era como si el mundo se le hubiera venido encima. Aquello supuso un golpe terrible, una humillación insoportable para su reputación y su concepción tradicional de lo que debían ser las cosas.

—Me han vendido como a un perro, como si no tuviera ningún valor —le dijo a Umm Hanafi con evidente frustración y rencor.

—Se ha retrasado usted más de lo debido —trató de consolarlo ella—, al final todo tiene su momento y sus normas…

Poco después vino a verlo el supervisor de los conserjes de la escuela con la noticia, impactante, de las actividades de la madre de Kámila. Por un lado, sintió repulsión, y trató de apartar la idea de su mente; pero, por otro, reflexionando sobre las implicaciones morales del asunto, se decía a sí mismo: «La verdad tiene que salir a la luz; es una cuestión de ética».

El resto ya lo conocemos, y que pasó lo que pasó, también.

El suceso, en definitiva, causó una profunda impresión en Abu al-Makárim. Ojalá, se decía, pudiera huir, desaparecer de allí, pero ¿adónde? Toda vez que intentaba escapar del infierno de su conciencia volvía a caer en el infierno… de su propia conciencia. Lo único que mitigaba su dolor era imitar el aullido rasgado y estremecedor que, cierto mediodía, hendió la garganta de una hermosa y cándida joven.

Umm Hanafi solía afirmar que el ya entrado en años maestro de escuela había enloquecido mucho antes de que la gente del barrio se percatara de sus desvaríos.

Las suertes de la vida

No sabemos con exactitud cuándo comenzó este extraño suceso. Cada testigo tiene su propia versión y resulta muy complicado recomponer la sucesión de acontecimientos. Según Amm Hanafi, el aguador, la cosa empezó así:

—Había ido al pastelero a comprarle una torta de manteca. El hombre se puso a estirar la masa con el rodillo para luego afinarla con la palma de la mano. De repente, se detuvo y se echó a llorar, así, por las buenas. Yo no sabía qué hacer. Le pregunté si le pasaba algo o necesitaba ayuda, pero él seguía llorando sin consuelo, abriendo y cerrando las manos. Cuando la gente se agolpaba a la puerta de la tahona apareció la familia y se lo llevó, hecho un mar de lágrimas, a su casa.

Umm Bijatiriha, la vendedora de encurtidos, contaba lo siguiente:

—Un día vino la señora Umm Ali a que le rellenase el tarro con variantes. Me iba diciendo que le pusiera tanto de pepinos o de pimientos y, de repente, se quedó como una estatua, con el rostro contraído, y rompió a llorar como una Magdalena, cada vez con más fuerza. Yo sentía cómo el miedo me iba subiendo de las piernas a la cabeza. Pensaba que, a lo mejor, le había dicho algo que la había ofendido. Comenzó a aparecer gente, por todas partes, incluido el marido, que vino corriendo de su tienda y se la llevó en volandas a su casa. Todos nos mirábamos con sorpresa y pavor.

Como esos, numerosos relatos, cada cual con sus versiones y una larga lista de víctimas entre hombres y mujeres. El asunto acabó llegando a oídos del jefe del barrio.

—¡Es que nunca dejaréis de inventaros patrañas y chismes de viejas! —gritó soliviantado.

No le quedó otro remedio, empero, que dejar de imputar el fenómeno a los dimes y diretes de sus paisanos cuando se dio de bruces con un guardia que se consumía en lágrimas, igualmente inconsolable.

—Otra desgracia, una más, de las tantas que asolan nuestro

barrio —le dijo al imán de la mezquita—. Como si no tuviéramos bastantes ya.

—El remedio más eficaz —repuso el imán— son baños templados y bebidas frías.

Umm Haniya, la que depilaba a las mujeres en el *hammam,* andaba por allí y escuchó la conversación.

—La única manera de curar a esta gente es con un ritual de exorcismo —terció.

—¿Qué tienen que ver los espíritus malignos con las lágrimas? —protestó el imán.

—Las personas solo lloran así de desconsoladas —insistió ella con determinación— cuando se les mete dentro un demonio. Y la única manera de sacarlos es con un *zar,* con tambores y música y la invocación de los espíritus.

—No se me pasa ni por la cabeza que la cosa tenga que ver con demonios. Pero el asunto es grave; tengo que comunicárselo al inspector de sanidad.

Fue a ver al señor inspector para ponerle en antecedentes.

—No paráis de inventaros cosas —se limitó a responder.

El responsable del barrio le juró y perjuró que él mismo había visto a la gente llorando sin motivo ni consuelo y que no quedaba ya una sola casa en todo el vecindario en la que no hubiera al menos un caso.

El inspector apareció al día siguiente con un séquito de guardias y enfermeros. Los vecinos corrieron hacia él en cuanto lo vieron.

—¡Ayúdenos, *usía* inspector! —le pedían a gritos.

El alto funcionario los contemplaba con grandes muestras de enfado. Su indignación, no obstante, se trocó en perplejidad cuando tuvo la oportunidad de ver con sus propios ojos a toda aquella legión de plañideros y plañideras insospechados.

—¿No habéis tenido un suceso excepcional recientemente, algo que os haya alterado la vida aquí? —terminó preguntando al jefe del barrio.

—Nada de particular. Las mismas miserias y alegrías de siempre.

El inspector fue visitando todas las viviendas, tiendas y locales del barrio. También pasó por la mezquita, la escuela

coránica, la fuente, el pilón y las cuadras de las bestias, donde pasó revista incluso a los burros y las mulas. Por ir, fue hasta el portalón de la fortaleza vieja, desde donde estuvo un buen rato escrutando sus murallas y, de paso, el contorno del sótano. Al cabo, tomó asiento en la tienda del responsable del barrio, derrengado, con la mirada perdida. Frente a ambos se había congregado un enjambre de vecinos. De entre ellos, se elevó, acuciante, la voz de Umm Haniya:

—El *zar*, el *zar* es la única medicina, *usía* inspector. ¡Tenemos que hacer un exorcismo!

—¡Cállate, superchera! —respondió airado el responsable del barrio.

Muchos de los allí presentes esperaban que el inspector dijera algo. Pero el hombre no decía nada. Parecía que según pasaban los minutos se iba hundiendo más y más en una fatiga sin límites, hasta el punto de que el responsable del barrio tuvo que ponerse en pie.

—¡Dios mío! ¡El inspector está a punto de caerse al suelo!

El profesor Hasan, el instrumentista, el dueño de la casa del arte y el canto, que se había percatado asimismo del estado del inspector, recomendó llevar al hombre a su propio domicilio, para dejarlo descansando en la habitación que daba a la fuente. Allí le daría un refrigerio y después agua con limón.

El responsable del barrio accedió, resignado a evitar un mal mayor. No quería arriesgarse a que aquel alto funcionario se le desmayara en su local.

El músico condujo al inspector a su casa. Mientras, la gente no paraba de murmurar sobre aquella epidemia que no cejaba.

—Me apuesto lo que queráis a que el inspector está a punto de echarse a llorar —aventuró uno.

El jefe del barrio, que lo había oído, repuso:

—Es un hombre, y también se puede contagiar. Qué creéis.

Mas, para sorpresa de todos, lo que se oyó desde la casa del maestro de música fue una canción de baile, redoble de tambores y palmas. Uno que vivía enfrente y podía ver lo que pasaba en la vivienda del instrumentista exclamó:

—¡Está bailando!... ¡Y qué bien lo hace!

En ese momento, precisamente, se le oyó cantar. Era una

canción de Sáleh Abdel Hayy:

Lo que te corresponde de esta vida
la vida misma te lo acabará dando

Según contaron, el músico estuvo un buen rato bailando y cantando, al tiempo que la gente se arremolinaba en torno a su casa, en goteo incesante.

De repente, los sollozantes dejaron de verter sus lágrimas.

Y todo el mundo se echó a reír.

Nabqa en la fortaleza vieja

Nabqa era el último hijo de Adán el aguador, nacido después de que otros nueve hubiesen perecido en la gran epidemia. Hizo el voto de consagrarlo al servicio de la mezquita si Dios tenía a bien mantenerlo con vida. Y cumplió su promesa entregándoselo al imán cuando cumplió los nueve años.

—Servir en la casa de Dios —les explicó el padre a sus compañeros y amigos— es el más honorable de los servicios. Entre las oraciones, las plegarias y las lecciones, la luz y la bendición se irán decantando en su corazón.

Nabqa se pasaba la mayor parte del tiempo en la mezquita. Lo que restaba, en su casa o jugando con los muchachos de su edad por las callejuelas del barrio. El imán estaba más que contento con él y siempre andaba ponderando su laboriosidad. Se puede confiar en él, añadía. Antes de cumplir los diez años sufrió, empero, la terrible pérdida de sus padres. A partir de entonces, comenzó a ser apreciable en él la querencia que tenía por la fortaleza vieja, que se alzaba sobre el sótano. A todo el que se encontraba por la calle le hacía la misma pregunta:

—¿Cuándo se abre la puerta de la fortaleza que da al sótano?

Lo más habitual era que recibiera una respuesta parecida a esta:

—Se abre una vez al año, cuando vienen a inspeccionarla los arqueólogos. Ahí no hay más que alacranes.

Al cumplir los diez años, pidió permiso al imán para visitar la tumba de sus padres.

—No es época de ir a los cementerios —le repuso.

Sin embargo, el muchacho porfió, dando como justificación un sueño que había tenido. Y, por fin, consiguió irse, aunque no regresó a la hora que se suponía que tenía que hacerlo, ni a lo largo de los tres días siguientes. El imán se intranquilizó. O bien ha elegido un nuevo rumbo en su vida, pensó, o le ha ocurrido una desgracia. Le reveló al jefe del barrio sus temores y sospechas y este envió a un guardia a que fuera a buscarlo.

Pero cuando apenas faltaban horas para que acabase el tercer día, el imán vio venir al chico, procedente de la galería subterránea. Su rostro irradiaba una tranquilidad que contrastaba en gran modo con la enorme falta que había cometido.

—¿Dónde estabas? —le preguntó el imán en tono de reproche.

El muchacho no pareció inmutarse:

—He sido huésped —respondió con calma— de los que se marcharon tiempo ha, los cuales me han colmado de saberes y poderes.

El imán lo escrutaba con gesto sorprendido.

—¿Es que has perdido la razón, Nabqa? —volvió a preguntarle—. ¿O te ha poseído un demonio?

—Queda con Dios —se limitó a decir Nabqa—; me tengo que marchar.

—¿Adónde? —El imán no salía de su asombro.

—Ni yo valgo para seguir a tu servicio ni tú vales para ser mi señor.

—¡La maldición de Dios caiga sobre ti! —gritó el imán.

A partir de aquel episodio, el barrio tuvo la oportunidad de conocer el otro rostro de Nabqa, el hijo de Adán el aguador.

En primer lugar, a todos sorprendió la osadía de que hacía gala, inimaginable en un muchacho de su edad o, incluso, en un hombre con las facultades mentales trastocadas. Se plantaba en la calle, no importaba ante quién o quiénes, y les soltaba una reprimenda colosal, que solía comenzar del modo siguiente:

—¡Deberías avergonzarte de ti mismo!

O bien:

—¿Cómo has caído tan bajo? ¡Cómo has sido capaz de *hacerlo*!

U otras veces:

—¿Todavía sigues dándotelas de honrado y pío?

Después del introito, pasaba directamente a los detalles, centrándose en un escándalo, o acción reprensible, por lo general relacionado con el honor, la moral o asuntos de dinero. Tales reprimendas públicas no tardaron en causar gran

conmoción y mayor enojo. La gente se preguntaba cada vez con menor disimulo de dónde habría sacado el muchacho todos esos secretos escabrosos e íntimos, sin hallar una explicación plausible. Empezaron a pensar mal unos de otros, a sospechar delaciones y confidencias traicionadas; y las riñas, disputas y pendencias se sucedieron, en un clima general de desconfianza y recelo. Tanto que empezó a rumorearse que un espíritu maligno manejaba a su antojo los destinos del barrio.

El asunto comenzó a hacérsele insostenible al imán de la mezquita, que se consideraba, en parte, responsable de todo aquel despropósito. Él también, como el resto, empezó a malpensar y ver cosas extrañas y sevicias en todo aquello. Se resolvió a hablar de nuevo con Nabqa.

—¡Vuelve a la mezquita! —le espetó a voz en grito.

—¡Vuélvete tú! —le repuso Nabqa con mayor determinación aún—. Yo no tengo mezquita.

El imán lo motejó de hereje y se abalanzó sobre él con la intención de hacerlo regresar a la fuerza; sin embargo, el chico lo rechazó con un formidable empellón, sostenido por un vigor insospechado que debía de haber obtenido de una inconfesable connivencia con fuerzas ocultas. El hombre reculó y terminó perdiendo el equilibrio. Desde el suelo lo miraba temblando de pavor.

El jefe del barrio acudió presto.

—Toma medidas y salva al barrio —le pidió el imán—, antes de que su buen nombre y reputación queden mancillados para siempre.

—¡No he dicho nada que sea mentira! —gritó el muchacho.

—La ley hay que respetarla —gritó a su vez el responsable de salvaguardar el orden vecinal.

—Tú no eres capaz ni de respetarte a ti mismo —aullaba el chico, fuera de sí—. ¡Cómo pretendes que nadie respete la ley!

La máxima autoridad del barrio tuvo un acceso de ira al escuchar esto y se lanzó como un poseso contra el chaval, con el cayado en ristre. Primero le propinó un golpe ligero, pero el otro ni se movió de su sitio. Siguió dándole bastonazos, cada vez con más vigor, sin que el muchacho pareciera inmutarse. Mantenía una actitud serenamente impertérrita. La gente se iba

congregando para presenciar, absorta, aquella insólita escena. A todos pareció que el jovenzuelo iba ganando en presencia y fortaleza según le caían los golpes. Era evidente que se estaba operando una transformación sustancial en el barrio, a la vista de todos sus moradores.

Lo que me contarían tiempo después sobre la historia de Nabqa presenta muchas lagunas y contradicciones, amén de ostensibles y extrañas hipérboles. Algunas versiones incidían, de modo confuso e incongruente, en una batalla campal por todas las calles y rincones del barrio, hasta bien entrada la tarde y, en algunos casos, las primeras sombras de la noche. Unas fuentes decían que, en el fragor del combate fratricida, Nabqa perdió la vida. Algunos detallaron que murió pisoteado. Los que moraban entre las tumbas afirmaron, no obstante, que seguía vivo, que lo habían visto merodeando por los alrededores de la galería subterránea, y que a cada paso que daba se hacía más grande y se hinchaba, hasta convertirse en un coloso que se erguía más allá de donde la vista les alcanzaba. Un gigante descomunal cuya cabeza no podían distinguir.

Otros sostenían que se había refugiado en las entrañas de la fortaleza vieja y que allí permanecía, hasta el día de hoy.

La tormenta

Pasó lo que pasó cuando el sol se emplazó en mitad del cielo. Hacía un día de clima suave y plácido, fecundo en certezas de bonanza. Pero sin que viniera a cuento, la *sheija* Bahiya exclamó:

—Mi corazón me dice que algo terrible está a punto de suceder.

Al momento, un ruido, tenue al principio como una susurrante invocación, comenzó a expandirse por los confines del barrio, un sonido quedo pero constante que se deslizaba por entre todos nosotros, sin interrupción ni descanso, una corriente ligera, fútil, que parecía juguetear con el aire y tontear con el estertor del eco, pero que, de repente, pasó a convertirse en un violento estruendo que inundaba todos los rincones y dejaba esquirlas de estridencia como aullidos. Más de uno gritó en su espanto:

—Dios mío, ¡perdóname! ¡Ten clemencia!

Pero el ruido, lejos de desfallecer, estalló en un iracundo vendaval de polvo y destellos de múltiples tonalidades que en cuestión de segundos lo embargó todo. Las vasijas, las jaulas de mimbre y los pollitos que había dentro de ellas salían despedidos desde las azoteas; las puertas y las ventanas retumbaban con estrépito, los chillidos de terror se confundían con los lloros contritos y un pandemonio de maullidos, ladridos y rebuznos. El embate del ciclón crecía en violencia a cada instante que pasaba y la desesperación cundía en los corazones.

—¡Es el fin del mundo!

—¡No va a dejar nada en pie!

—¡Satanás ya está aquí para desvelar sus oscuros designios!

Un furor universal de tal magnitud que algunos, aterrorizados, creyeron que el fin era ineluctable. El jefe del barrio se sentía sumamente molesto e intranquilo, y, para demostrarse a sí mismo y a los demás que era capaz de cumplir con su cometido, emitió un grito que se perdió por entre el

fragor del vendaval:

—¡Cerrad las tiendas, trancad las puertas y las ventanas, todo el mundo fuera de la calle, a cubierto!

Él mismo corrió a refugiarse en el patio de la mezquita, desde donde intercambió una mirada de perplejidad con el imán. Uno de los que también había buscado refugio allí le preguntó:

—¿Qué piensas hacer como máxima autoridad del barrio?

—Nos pondremos manos a la obra —respondió con fastidio — cuando amaine la tormenta.

—Pero esta no es una tormenta normal; jamás habíamos visto nada igual.

—¡Yo no soy responsable de que el viento sople o deje de soplar! —gritó airado.

Las gentes aventuraban desenlaces terribles que propiciaban, a su vez, un derrame incesante de lágrimas. Uno quiso meter a espíritus y clarividencias en danza y contaba, a quienes habían coincidido con él en un refugio insospechado, sobre un sueño que había tenido el día anterior, cuando la tormenta apenas iniciaba su orgía de furia y estrépito. Alguien lo interrumpió a voz en grito:

—¡Líbranos de tus sueños y visiones, bastante tenemos ya! ¡Nada de lo que puedas soñar puede compararse a esto!

El vendaval prosiguió hasta la caída de la tarde o, quizás, hasta las primeras horas de la noche. Se fue igual que vino, sin introitos ni prolegómenos. Cesó y punto. Alabado sea Dios, qué paz y descanso; de repente, el universo volvió a sumirse en un espeso y denso silencio, como si quisiera expresar así su profunda consternación. El barrio volvió a llenarse del ruidoso alboroto de una jornada habitual y las luces que surgían desde las ventanas de las casas certificaban la recuperación de un viso de normalidad. Un suspiro prolongado y sostenido de alivio parecía surgir, al unísono, del fondo de las gargantas. Entonces, se oyó, como un alarido, la voz ronca de la *sheija* Bahiya:

—Lo que se ha perdido, perdido está. Jamás lo recuperaremos.

El jefe del barrio no pareció digerir demasiado bien aquellas

palabras:

—¡Déjate ya de malos agüeros, bastante tiene cada uno con lo suyo!

En un abrir y cerrar de ojos, un enjambre de voces surgió de todos los confines del vecindario, con un deje que parecía una apremiante petición de auxilio. Gritos que denunciaban, con espanto, robos, saqueos y agresiones, violencia y destrucción. La quiebra de los patrimonios y las honras.

El responsable del barrio aguzaba el oído, tratando de discernir la moraleja de aquellos gritos de lamento y repulsa proclamados a los cuatro vientos. Lo que alcanzaba a entender lo sumía en un acentuado nerviosismo.

Las voces relataban, agitadas, cómo los ladrones habían surgido de sus guaridas y, a través de agujeros y grietas en las que nadie había reparado, se habían multiplicado por todos los hogares. Una legión de delincuentes tan multitudinaria que había cegado la luz del sol y aprovechado con gran pericia la conmoción generada por la tormenta para desarrollar su criminal acción, si es que no habían sido los responsables, según sostenían algunos, de que la tormenta misma hubiera tenido lugar, o de haberla hecho venir desde algún lugar remoto del firmamento.

Todo aquello provocó un guirigay de quejas y lamentos; nadie sabía cómo salir de un estado de profunda perplejidad y desconcierto. Una sensación de lacerante tristeza que afectaba tanto a la *sheija* Bahiya como a la máxima autoridad del barrio.

Algunos cuyas ropas seguían conservando su blancura original se concentraron ante la puerta de la fortaleza vieja y cruzaron susurros mientras se estrechaban las manos, sumidos como estaban en la oscuridad. Miraban con impaciente determinación hacia el este, en espera ilusionada de un nuevo amanecer.

Discurso de Naguib Mahfuz con motivo de la entrega del Premio Nobel de Literatura, 1988

Damas y caballeros:

En primer lugar, agradezco a la Academia Sueca y a su Comité Nobel que hayan reparado de forma tan gentil en mi esforzada y perseverante vocación; y ruego que reciban con generosidad estas palabras, pronunciadas en una lengua ignota para muchos de ustedes. Ella es la verdadera depositaria de este premio y, por ello, merece que, por primera vez, su armónica cadencia flote en su oasis académico. Espero y deseo que no sea la última y que los literatos de mi nación obtengan la dicha de poder sentarse con todo merecimiento junto a los grandes escritores internacionales cuya fragancia ha llenado de dicha y sabiduría un mundo sumido las más de las veces en el pesar y la aflicción.

Damas y caballeros:

El corresponsal de un periódico extranjero en El Cairo me comentó que cuando mi nombre apareció vinculado al premio, el silencio se hizo dueño y señor de la redacción. Quién es, se preguntaban casi todos. Permítanme pues que me presente, con la mayor objetividad posible: soy el hijo de dos civilizaciones, unidas en feliz matrimonio hace ya mucho tiempo. La primera cuenta con siete mil años de antigüedad y es la civilización egipcia; la segunda, de mil cuatrocientos años, es la civilización islámica. Huelgan, creo, los abundamientos en torno a ambas, máxime ante ustedes, próceres de la ciencia y del saber; sin embargo, resueltos como estamos a compartir confidencias, permítanme una breve alusión a una y otra.

Respecto a la primera, la faraónica, no he de hablarles sobre las conquistas ni las dinastías, grandes gestas de antaño que nuestra percepción moderna, a Dios gracias, ya no considera tan dignas de encomio. Tampoco haré referencia a cómo hubo

de hallar la senda hacia el Dios único, ensalzado y alabado sea, y la mostraron para guía y señal de la conciencia humana. Nos llevaría demasiado tiempo y, en cualquier caso, todos ustedes conocen la singladura del rey-profeta Ajenatón. Evitaré por lo mismo prodigarme en su excepcional legado artístico y literario, o en sus milagros arquitectónicos, como las pirámides, la Esfinge o Karnak. Quien no haya tenido la fortuna de contemplar *in situ* estas maravillas habrá leído, cuando menos, largo y tendido sobre ellas, o las habrá visto fotografiadas.

Me limitaré más bien a presentársela a ustedes, la civilización faraónica, en forma parecida a un cuento —al fin y al cabo, mis circunstancias han hecho de mí un contador de historias—. Tengan a bien, pues, prestar atención a un episodio histórico recogido en un papiro antiguo: cierto faraón fue informado de las relaciones ilícitas mantenidas por unas mujeres de su harén con miembros del séquito real. Lo más normal, para los códigos de aquella época, habría sido que ordenara ajusticiar a las unas y a los otros, sin excepción. No obstante, hizo llamar a los hombres de leyes más sagaces de su tiempo y les pidió que investigaran a fondo las imputaciones. Les insistió en que deseaba conocer la verdad y así ponderar su juicio. En mi opinión, aquel comportamiento atesora mayor grandeza y magnificencia que cualquier imperio o pirámide e ilustra la superioridad de una cultura más allá de sus riquezas y esplendores. De hecho, aquellas dinastías desaparecieron y con ellas sus noticias fastuosas, y lo mismo habrá de acontecerles a las pirámides, algún día. Empero, la verdad y la justicia permanecerán en pie en tanto en cuanto la razón y los valores éticos prevalezcan entre los seres humanos.

En lo tocante a la civilización islámica, no me referiré a su invocación a una gran comunidad humana unida en torno a la figura del Creador, sustentada en la libertad, la igualdad y la tolerancia; ni a la grandeza de su Profeta, máxime cuando algunos de los pensadores de ustedes han reconocido en él al más grande de los seres humanos que jamás hayan sido. Tampoco deseo ahora extenderme en las grandes conquistas islámicas y el legado de miles y miles de alminares que

atestiguan la fe, piedad y bonhomía de quienes los erigieron, desde los confines de la India y China hasta las lindes de Francia; ni en la fraternidad surgida en su seno entre múltiples pueblos y credos, en un clima de concordia como nunca antes se hubiera conocido en la historia de la humanidad. Permítanme que vuelva a introducir un pasaje histórico, una referencia puntual y harto significativa de una de sus cualidades más notables. A resultas de una batalla librada con los ejércitos bizantinos, los musulmanes, victoriosos, liberaron a las mesnadas cautivas a cambio de una remesa de libros de filosofía, medicina y matemáticas escritos por los grandes eruditos griegos de la antigüedad. Muestra proverbial del espíritu humanístico de esta civilización, ansiosa de ciencia y conocimiento, por mucho que procedieran de una cultura pagana y aquella tuviera su máxima cualidad en la adoración del Dios único.

Sí, señores míos, en el regazo de estas dos civilizaciones hube de venir yo al mundo. De su leche maternal sorbí, de su arte y su literatura me nutrí. Tiempo después tuve oportunidad de libar el néctar de la cultura feraz y esplendorosa de ustedes. Gracias a toda esta inspiración, con el aderezo de mis propias aficiones, escribí lo que escribí. Y, hoy, la fortuna me sonríe con este Premio Nobel y el reconocimiento de mi andadura literaria de manos de su noble y prestigiosa Academia, a la cual expreso mi agradecimiento más sentido, en mi nombre y en el de los insignes artífices de ambas civilizaciones.

Damas y caballeros:

Quizás se lo estén preguntado: este hombre procedente del tercer mundo, ¿cómo habrá encontrado la tranquilidad de espíritu y mente necesarias para escribir sus historias? Sería pertinente, si lo hicieran, pues vengo de un mundo atenazado por las deudas y la amenaza constante de que su pago depare mayores hambrunas y miserias. En Asia, la gente muere anegada en inundaciones sin cuento; en África, el hambre causa estragos, y en Sudáfrica, millones de ciudadanos malviven condenados a la exclusión y la negación de sus derechos básicos, en esta era en la que tanto se habla de los

derechos humanos universales, como si ellos no pertenecieran a la raza humana. En Gaza y Cisjordania, millones de personas, también, se sienten desprotegidos y desnortados a pesar de vivir en la tierra de sus padres, de sus abuelos y de sus tatarabuelos, desprovistos del más elemental de los derechos, a saber, el derecho a disfrutar de un hogar estable y legítimo. Y cuando alzan la voz en un alarde de noble y osada reivindicación, hombres y mujeres, niños y jóvenes, se les castiga con el crujir de huesos, disparos a quemarropa, destrucción de casas y torturas en cárceles y centros de detención. Mientras, ciento cincuenta millones de árabes observan estos acontecimientos con ira y frustración, lo cual hace temer la eclosión de una catástrofe fatal para la región en su conjunto, a no ser que medie el buen juicio de quienes desean una paz global y justa.

En este momento crucial de la historia de la civilización no resulta lógico ni aceptable que el gemido afligido de tanta gente se disipe en el vacío, sin más. La humanidad ha alcanzado un grado aceptable de madurez. Por ello, el presente permite aventurar principios de consenso entre las potencias hegemónicas y la prevalencia del imperio de la razón para desbaratar los factores de ruina y destrucción. Y, del mismo modo que nuestros científicos se afanan en paliar los efectos de la contaminación industrial en el medioambiente, los intelectuales deben aplicarse en la tarea de erradicar la contaminación moral del seno de nuestra civilización. Tenemos el derecho y la obligación de exigir a los grandes dirigentes mundiales, y con ellos a los principales economistas, un salto cualitativo a la altura de las expectativas de nuestra época. Antiguamente, los gobernantes se preocupaban tan solo de sus dominios, pues consideraban al resto de naciones territorio enemigo o susceptible de ser colonizado, sin parar mientes a nada que no fuera ampliar sus posesiones y su gloria particular. En este afán, cuántos principios y valores éticos y morales no habrán quedado por el camino; cuántos medios ilícitos no habrán encontrado acomodo y falsa justificación; cuántas almas no habrán sido aniquiladas…

La mentira, la astucia, la traición y la crueldad se trocaron

en dechado de inteligencia y atributo de grandeza. Hoy resulta preceptivo cambiar esta visión, de forma radical, medir la magnificencia de nuestros grandes líderes en el tenor de su amplitud de miras y su sentido de la responsabilidad hacia la humanidad en su conjunto. El mundo, el primero y el tercero, conforman una única familia; y cada individuo debe asumir su responsabilidad con el planeta, en función del conocimiento, la sabiduría y la cultura que ha recibido. No creo excederme en mis responsabilidades si les demando, en nombre del tercer mundo, que no se limiten a contemplar nuestras desgracias. Hagan cuanto noble y buenamente puedan para solucionarlas. Ustedes, en virtud de su superioridad, son responsables de cualquier desviación que pueda afectar a las plantas, a los animales y, por supuesto, a sus congéneres, en todos los rincones del planeta. Estamos hartos de buenas palabras; ha llegado el momento de actuar, el momento de poner fin a la era de los bandoleros y los usureros. Vivamos el nuevo tiempo de los grandes dirigentes conscientes de la necesidad de salvaguardar la Tierra. Salven a los oprimidos en Sudáfrica, salven a los hambrientos de África, salven a los palestinos de las balas y la tortura y eviten de paso que los israelíes mancillen su inmenso legado espiritual. Salvaguarden a quienes padecen el oprobio de las deudas y las leyes económicas estrictas y abusivas. Hagan comprender a los dirigentes mundiales que su responsabilidad hacia el ser humano debe anteponerse al compromiso de respetar unas reglas más bien obsoletas.

Damas y caballeros:

Excúsenme si les he enturbiado el buen ánimo, mas ¿qué esperaban de alguien llegado desde el tercer mundo? Todos somos hijos de nuestras circunstancias. ¿O no? Además, ¿dónde habrían de encontrar mis pesares y lamentos mejor acomodo que en este oasis de ustedes, erigido por el fundador de la Academia al objeto de servir a la ciencia, las humanidades y los más elevados principios de nuestra especie? Pues así como él cedió, un buen día, toda su riqueza al servicio del bien y el saber, para redimirse, nosotros, los hijos del tercer

mundo, pedimos a las elites capaces y civilizadas emular su ejemplo y tomar buena nota de su comportamiento y forma de ver las cosas.

Damas y caballeros:

A pesar de cuanto acaece en nuestro derredor me debo al optimismo. Hasta el final. No filosofaré, como Kant, que el Bien sólo triunfará en el otro mundo, porque, aquí, el Bien obtiene triunfos a diario y el Mal se halla en una posición de debilidad mucho más acentuada de lo que imaginamos. Un argumento irrebatible me empuja a pensar así: si no fuera porque el Bien suele salir victorioso, ¿cómo habrían podido sobrevivir generaciones y generaciones de seres humanos desvalidos, expuestos a las bestias y las inclemencias del tiempo, las pandemias, el miedo y el egoísmo? Sólo con el predominio del Bien hemos podido reproducirnos, desarrollarnos, formar naciones, descubrir, crear e inventar, conquistar el espacio y forjar los derechos humanos. Lo que pasa es que el Mal se muestra pendenciero y obstinado, alborota y hace mucho ruido. Y, también, que el ser humano tiene querencia a recordar el dolor con mayor frecuencia que las alegrías. Bien lo expresó nuestro poeta Abu Alaa al-Maarri:

«La tristeza del morir pesa mil veces más que la alegría del nacer».

Título original: همس النجوم
Published by arrangement with RAYA the agency for Arabic literature.

Edición en formato digital: 2021

Naguib Mahfuz, 1993-1994. © 2018, Dar al Saqi, Beirut, Lebanon.
© del discurso de aceptación del Premio Nobel: The Nobel Foundation, 1988
© de la traducción: Ignacio Gutiérrez de Terán Gómez-Benita, 2021
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2021
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15
28027 Madrid
www.alianzaeditorial.es
alianzaeditorial@anaya.es

ISBN ebook: 978-84-1362-577-5

Está prohibida la reproducción total o parcial de este libro electrónico, su transmisión, su descarga, su descompilación, su tratamiento informático, su almacenamiento o introducción en cualquier sistema de repositorio y recuperación, en cualquier forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, conocido o por inventar, sin el permiso expreso escrito de los titulares del Copyright.
Conversión a formato digital: REGA